

Selección

TERROR

RALPH BARBY

EL ARCHIPIELAGO DEL HORROR



st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

306 — La casa de las serpientes, *Clark Carrados*.
307 — Las orgías de la gaviota caníbal, *Ralph Barby*.
308 — Pesadilla de deseo y de sangre, *Burton Hare*.
309 — ¡Matad, Malditos, Matad!, *Clark Carrados*.
310 — No enterradme hasta morir, *Curtis Garland*.

RALPH BARBY

EL ARCHIPIELAGO DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 311
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 42.506 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Claude Arnoux sentía que la sangre hervía en sus venas. No era un hombre demasiado joven, había rebasado la cuarentena, pero su vigor sexual estaba exacerbado. Bebida abundante, calor, una noche hermosa...

Había llegado a Grecia por vía aérea. En Atenas no he fue difícil alquilar una motora y en ella habían bordeado la costa hasta llegar al pueblecito en que se hallaban.

Grecia llenaba de luz las retinas de Arnoux, lo excitaba anímicamente y deseaba amar, gozar a Gwendoline, aquella espigada joven de redondeces pronunciadas y pechos turgentes.

Todo le atraía de ella, su cabello rubio claro, sus ojos verdes, pero, especialmente, que la muchacha no tenía aún veinte años.

Claude Arnoux podía haber escogido a otras mujeres para hacerse acompañar y disfrutar con ellas de un placentero viaje por el Mediterráneo, concretamente por las islas griegas que le atraían sobremanera.

Había sido marino en su juventud y a poco que se le presentaba la ocasión, abordaba una embarcación y se hacía a la mar con ella.

En su apartamento y también en su despacho, tenía enmarcadas diversas fotografías en las que se le podía ver vestido de marino a bordo de alguna embarcación.

Desde hacía apenas un año, Gwendoline se había convertido en la secretaria de Claude Arnoux y su empleo no había sido obtenido a través de los anuncios por palabras que se publicaban en Le Figaro.

El padre de Gwendoline, un ex marino también, había entablado algunos contactos con Claude Arnoux hasta que nació entre ambos una relación amistosa, relación en la que el padre de la joven era quien soportaba la parte más pesada y servil.

Claude Arnoux le había contratado en varias ocasiones para que le limpiara o reparara una embarcación, lo que el padre de Gwendoline aceptaba, pues desde que fuera expulsado de la marina de guerra primero y de la marina mercante después, no andaba sobrado de trabajo.

Se había casado tarde y luego, nació Gwendoline. La muchacha, al crecer, siguió unos estudios de secretariado y, al terminarlos, su padre llamó a Claude Arnoux pidiéndole un empleo para la chica en la oficina de gestor que él poseía.

Claude Arnoux quiso dar largas al asunto, pero dejó que la muchacha se presentara en su despacho y, al verla, sintió que rejuvenecía de golpe.

Gwendoline obtuvo el empleo, mas no era una joven dispuesta a flirtear con su jefe y Arnoux pronto pudo constatarlo. No quiso forzar ninguna situación, ya que él era un hombre casado y, en realidad, la gestoría pertenecía a su esposa, quien la había heredado de su padre.

Tuvo cuidado, pero cada día se sentía más y más atraído por la muchacha.

Tenía la impresión de que si no la conseguía, reventaría corno una fruta madura abandonada al sol.

Planificó con tiempo el viaje a Grecia, tenía que visitar a unos clientes que habían tenido problemas hallándose en Atenas y le pidió a Gwendoline, con la mayor naturalidad, que le acompañase. Por supuesto, los gastos del viaje iban a caigo de la gestoría y su salario sería doble.

A la chica le pareció una idea magnifica, era una forma de conocer mundo y no receló cuando Claude Arnoux le mostró la motora que había alquilado para hacer unas excursiones por las islas griegas aprovechando que ya estaban allí.

Ahora, Gwendoline se encontraba en la habitación de un pequeño hotel situado en un pueblo de cuyo nombre ni se acordaba.

Al salir de la ducha, se encontró frente a frente con Claude Arnoux que se había filtrado en su cuarto, sorprendiéndola.

La joven lo rechazó con una mirada gélida, cargada de reproche, mientras cubría su cuerpo mojado con la toalla que sostenía entre las manos.

—Eres adorable, Gwen.

—Por favor, no me toque —suplicó, viendo que él se le acercaba y que sus posibilidades de escapatoria eran nulas.

—Gwen, tú y yo podemos comenzar una nueva vida.

—No, usted está casado.

—Eso se arregla con el divorcio.

—No, no, usted no se va a divorciar de su esposa, ella es la dueña de la gestoría.

—Puedo montar otra gestoría.

—Usted sabe que no lo hará, monsieur Arnoux, no lo hará porque a los clientes no se los podría llevar, son clientes de la gestoría y no de usted. Su esposa es abogado y podría ponerse al frente de la oficina si quisiera. Los clientes se acumulan a lo largo de muchos años.

—Tienes razón, Gwen, tu cabecita no es de niña, pero tu joven cuerpo me enciende la sangre.

Avanzó hacia ella. Gwendoline fue retrocediendo hasta que notó el borde de la cama tras sus bien torneadas piernas.

Su situación se hacía cada vez más insostenible; por la fuerza no podría librarse de Arnoux. El era fuerte, un hombre curtido con unos brazos que doblaban en volumen a los suyos.

—Tú lo ves lodo muy claro, Gwen, pero podemos estar juntos. Tendrás un apartamento confortable, un buen coche, no te faltará de nada, de nada, yo me ocuparé de ti.

—No, monsieur Arnoux, no quiero ser su amante, no quiero convertirme en una prostituta.

Para no caer sentada en la cama, aguantó y las manos de él se posaron sobre su cuerpo todavía húmedo.

Gwendoline trataba de cubrirse con la toalla y, al mismo tiempo, evitar que

la siguiera manoseando. Sus miradas frías no hacían retroceder al hombre que estaba encendido de pasión.

—Si ahora todas las chicas hacen el amor cuando y como quieren, no hay barreras. Después, si deseas casarte, ¿quién te va a preguntar si eres virgen aún?

—Si amo a alguien, no me importará acostarme con él, pero a usted, a usted monsieur Arnoux, le respeto, sí, le respeto pero no le amo. Por favor, quíteme las manos de encima —le suplicó, ya con lágrimas en los ojos.

A otro hombre, aquellas lágrimas posiblemente le hubieran contenido en sus deseos, pero no a Claude Arnoux que tenía un volcán dentro de sí que pugnaba por estallar.

No desaprovecharía una ocasión como aquella en que tenía a la joven indefensa entre sus manos y ya desnuda, porque la toalla poco freno podía representar para sus ímpetus sexuales.

La abrazó y la empujó sobre el lecho.

Gwendoline, que ya había podido comprobar que ni frialdad, repulsa ni lágrimas contenían las ansias libidinosas del hombre, se debatió bajo él. Ella era joven y muy ágil.

Trató de escapar y casi lo consiguió, mas él la agarró por los cabellos, sujetándole el rostro y buscándole la boca que besó fogosamente en contra de sus deseos.

La muchacha palpó la cama, los barrotes. Estiró su mano y encontró la mesita de noche.

En ella había un gran cenicero de cristal que alzó en el aire y después bajó con violencia, golpeando la cabeza de Arnoux.

El hombre, sorprendido por el golpe, se tambaleó. Gwendoline le pegó entonces en la frente y Claude Arnoux se derrumbó, hundiéndose en una negrura donde el dolor y el sentido del tiempo desaparecieron.

Cuando despertó, le dolía el cráneo y el cerebro encerrado en él. Era un dolor agudo, semejaba que le hubieran hincado unos clavos de parte a parte. En aquellos primeros instantes, no recordó lo ocurrido, sólo supo que sentía terribles dolores y nada más.

Se medio incorporó y constató que se hallaba sentado al borde de la cama. Se apoyó en ella, se levantó y miró en derredor. La habitación le era desconocida.

Estaba solo, los cajones de la mesita se hallaban abiertos y las puertas del armario, abiertas también de par en par. Se balanceó como un oso torpón y cogiéndose a las jambas de la puerta que estaba cerca de él, se metió en el lavabo.

Abrió el grito, dejó correr el agua y colocó la cabeza debajo del chorro. El agua, pese a ser la que venía por el caño ordinario, no era demasiado fría.

Se remojó bien y al levantar la cabeza, se contempló en el espejo. No le gustó su cara, descubrió las señales de violencia en su trente y recordando de pronto, exclamó:

—¡Puta, más que puta!

En aquel instante, le embargó una ferocidad asesina. Se revolvió y regresando a la habitación, observó que los cajones y el armario estaban vacíos.

—Te has largado, ¿eh? ¡Maldita sea, va te encontraré!

Sin peinarse, con los cabellos chorreando agua, salió del cuarto.

Bajó las escaleras torpemente, sin darse cuenta de que era observado por la rendija de una puerta entreabierta. Claude Arnoux hacía mucho ruido en aquella especie de abandono del hotelito.

Al poco, se encontró en la calle.

La noche del estío griego era calurosa. Avanzó a grandes zancadas y se detuvo frente a unos letreros luminosos como si fuera una mariposa nocturna. Entonces comprendió que no sabía dónde se dirigía.

—¡Gwen! —gritó.

Nadie respondió, la calle estaba desierta.

Resopló y empujando la puerta que tenía los luminosos, se introdujo en el local. Era una taberna. Habló al tabernero pero éste no le entendió. Al fin, pidió:

—¡Vino, vino!

El tabernero asintió con la cabeza y le sirvió un vaso grande de vino tinto. Arnoux se lo bebió de un solo trago y después golpeó con el vaso sobre el mostrador, pidiendo con aquel gesto imperioso que se lo volvieran a llenar.

Se había bebido tres grandes vasos de vino cuando comenzó a notar que el dolor de su cabeza era menos intenso.

El tabernero le observaba de reojo y algunos clientes, de cuando en cuando, le lanzaban ojeadas. Aun a distancia se podía ver en su frente la señal del, contundente golpe recibido y sus cabellos mojados le daban un aspecto desaliñado y poco fiable.

Se volvió hacia la puerta y a través de los cristales descubrió un rostro femenino que creyó reconocer.

—¡Gwendoline!

Avanzó hacia la puerta, pero el tabernero le llamó.

—¡Eh, eh, ha de pagar!

Nervioso, palpó su bolsillo. Sacó la cartera y arrojó unos billetes sobre el mostrador, sin preocuparse del valor de los mismos. Debió de pagar en exceso la consumición, porque el tabernero se apresuró a recoger el dinero sin protestar más.

Cuando Claude Arnoux salió a la calle, ya la joven se alejaba en la oscuridad hacia el malecón del pueblo marinero.

—¡Gwendoline!

Aun alejándose, la muchacha le pareció más hermosa que nunca. Iba como dotando y se cubría con una especie de túnica vaporosa blanco amarillenta.

La mujer saltó sobre un bote de vela que, casi instantáneamente, se separó del malecón y comenzó a navegar, alejándose de tierra firme.

—¡Gwen, Gwen! —gritaba, desesperado y furioso al mismo tiempo.

Como enloquecido, buscó su motora y saltó sobre ella. La puso en marcha convencido de que gracias al motor de gasolina no tardaría en alcanzar a la fugitiva que se alejaba sobre una mar tranquila que parecía haber sido espolvoreada con polvo de estrellas por lo que brillaba a la luz de un hermosísimo plenilunio, redondo como una moneda de plata.

En torno suyo, un cielo aterciopelado plagado de estrellas.

El motor de la nave runruneó con tuerza y se inició la persecución del pequeño bote velero que se alejaba más y más. Era una embarcación de tipo pesquero, casi burda, aunque parecía muy marinera por lo bien que navegaba.

Lo que Claude Arnoux no comprendió bien, quizá por el alcohol que ya llevaba en la sangre, era que no hacía viento y, sin embargo, él, con una potente motora, no lograba dar alcance al pequeño bote. Se había establecido una distancia entre ambas embarcaciones que sería de una veintena de metros y Arnoux no veía la forma de acortarla pese a que daba la máxima potencia al motor.

—¡Gwen! —gritaba, desesperado, alzando la cabeza por encima del parabrisas de la motora.

Era inconcebible que la potencia de un motor moderno no diera alcance al pequeño velero.

Si hubiera estado sereno, se habría dado cuenta de que todo era irreal, incluso que su Gwendoline no era aquella mujer que semejaba flotar sobre la popa del velero que se alejaba.

—¡Gwen!

No supo cuánto tiempo había navegado cuando, gracias a la gran luna, pudo ver la masa pétrea de una costa, con la espuma de las olas rompiendo contra ella. Aquello tenía que ser forzosamente pequeñas islas rocosas de las que tanto y tanto abundaban en torno a la costa griega.

Obsesionado en alcanzar a la hermosa joven que huía de él, tus hacia las rocas por donde se introducía el velero. Sorteó algunas rocas que se hallaban a flor de agua y se acercó más y más a la costa hasta que, de pronto, desapareció de su vista el bote velero y él se vio encarado contra unas rocas.

Rasssss...

La motora se rajó por babor al encontrarse con los cantos afilados de una roca. Trató de maniobrar y la embarcación semejó encabritarse. Volvió a golpear contra otra roca y comenzó a zozobrar.

—¡Gwen, Gwen!

Se lanzó al agua mientras la motora se hundía, ya perdido el control, golpeándose contra las rocas, mientras se oía el fuerte rumor de las olas rompiendo.

Braceó hasta llegar a la costa, dándose golpes. Consiguió escalar por entre unos peñascos y así trepó hacia lo alto de aquel islote que, en unión de otros, formaban un pequeño archipiélago.

Desesperado, con las manos y el cuerpo ensangrentado al cortarse y

golpearse contra las rocas, gritó de nuevo:

—¡¡Gwen, Gwen!!

De pronto, captó una voz suave y melodiosa, una voz femenina que semejaba llamarle.

Descubrió a la mujer a la luz de la luna, como a unos veinte pasos de él, pero en tierra firme y no parecía que le ocurriera nada.

—¡Ah, estás ahí!

Corrió hacia ella y la joven se alejó de nuevo. Agotado, sangrando, empapado de agua de mar, Claude Arnoux no lograba alcanzarla.

El corazón le latía con una rapidez impresionante, se mareaba y su vista se enturbiaba. Corriendo, llegó a lo alto de! islote donde había una explanada. De repente, se encontró ante un grupo de bellas jóvenes que le miraban.

Todas le parecían iguales, aunque realmente no lo eran. Unas tenían cabellos rubios y otras, negros como el azabache. Eran jóvenes v vestían de igual forma con aquella túnica blanco amarillenta.

—¡Gwen, Gwen! —insistió, tratando de identificarla en una de aquellas muchachas que comenzaron a reírse de él. Formaron un corro en torno suyo y danzaron canturreando algo que el hombre no entendía.

Claude Arnoux no comprendía nada, sólo sabía que la luna brillaba más que nunca; que abajo, entre las rocas, un mar que debía estar en calma, bramaba rompiendo contra las peñas, que su motora había desaparecido en el mar y que él estaba sangrando allí, viendo cómo danzaban en torno suyo.

Intentó coger a una de las chicas con las manos y no lo consiguió. Al fijarse más en ellas tuvo la impresión de que sus rostros iban envejeciendo más y más, haciéndose horribles, unos rostros que se apergaminaban adquiriendo la fealdad del Mal

Comenzó a sudar y el sudor se mezcló con el agua salada que empapaba todo su cuerpo.

Las jóvenes pasaron de aquella fealdad a irse esqueletizando, era algo que repugnaba, y el miedo comenzó a meterse en el tuétano de sus huesos. Los dientes le castañetearon y no se preguntó si era debido al frío o al terror que sentía en aquellos momentos. Mientras, aquellas jóvenes, ahora esqueletos símbolos de muerte, seguían danzando y dando vueltas, tomándole a él como eje del círculo.

Quiso huir pero se dio cuenta de que sus pies se habían hundido en la tierra y que continuaba hundiéndose centímetro a centímetro, cada vez más. Era corno si estuviera sobre arenas movedizas.

—¡¡No!! ¡Sacadme de aquí, sacadme!

Ellas seguían danzando, canturreando, riendo...

Como si la tierra fuera la boca de un monstruo horrible y voraz, Claude Arnoux se hundió hasta la cintura. Golpeó el suelo con sus puños, le pareció que estaba duro; sin embargo, seguía tragándoselo.

—¡Quiero salir, quiero salir! —gritó con voz desgarrada y cargada de terror.

Se dio cuenta entonces de que a poca distancia de él había calaveras sobre la tierra, calaveras que miraban en todas direcciones. Sus osamentas limpias brillaban a la luz de la luna y parecían más blancas de lo que realmente eran. Tres de ellas semejaban mirarle con sus cuencas vacías, como diciéndole que él seguiría el mismo fin que ellas habían tenido antes.

—¡No, no!

Forcejeó con el suelo que le engullía tratando de escapar a aquella trampa. No lo consiguió, seguía hundiéndose más y más. Miró hacia las extrañas doncellas que habían dejado de ser esqueléticas, tampoco tenían ya fealdad, sino que volvían a ser hermosas, terriblemente hermosas y deseables.

—¡Quiero salir de aquí, quiero salir de aquí! —comenzó a gemir ahora, perdida su energía.

Sus brazos se hundieron también y siguió así, hundiéndose, hasta que sólo quedó su cabeza a flor de tierra. Entonces, sólo entonces, dejó de hundirse.

Las bellas jóvenes que habían danzado a su alrededor se alejaron por una pendiente como yendo hacia el mar o a otro de los islotes que conformaban el pequeño archipiélago.

Se dejaron de oír las risas, las canciones.

El mar silenció sus bramidos y se convirtió sólo en un rumor de fondo que llegaba claramente hasta él.

Se vio solo, completamente solo, enterrado hasta el cuello sin poder escapar.

Esparcidas en derredor, otras calaveras que no se movían pero que semejaban tener vida. Fue entonces, sólo entonces, cuando comprendió que en pocas semanas él, su propia cabeza, terminaría convertida en una más entre aquel grupo de calaveras.

El sol, los insectos, las gaviotas, le irían descarnando, vaciando por dentro, arrancándole los ojos hasta dejarle con las cuencas vacías y negras y allí, nadie, absolutamente nadie, parecía que pudiera ir en su ayuda.

—¡¡Nooo, nooo, noooo!!

CAPITULO II

El cúter, con su airoso velamen, surcaba el mar sin prisas. El viento estaba calmado y de las aguas emergía una fragancia que llenaba los pulmones de los tres jóvenes que viajaban a bordo de la embarcación deportiva.

—Es peligroso este lugar —opinó Johnny casi voceando.

No quitaba ojo a los pequeños islotes que formaban los arrecifes y el archipiélago. Algunos ni llegaban a ser islotes, eran sólo peñascos que emergían del mar, amenazadores y de cantos afilados, peñascos a los que se adhería la flora y la pequeña fauna submarina.

—Sí, hay que avanzar con los ojos muy abiertos —asintió Danny V. Noland que era quien patroneaba el cúter de nombre Ítaca, que además del velamen poseía un motor para la entrada en bahía y embarcaderos.

René, que se hallaba a la proa, propuso:

—Acerquémonos al islote mayor. ¿Te parece, Danny?

—Bueno, pero sin acercarnos demasiado, esto no parece tener playas.

—Habrá buenos meros ahí abajo para pescar —observó René, que escrutaba las aguas transparentes, queriendo descubrir todo lo que había en aquel nítido mundo subacuático.

—Podemos anclar el Ítaca tres o cuatro horas aquí —aceptó Danny maniobrando en el velamen para dominar el cúter mientras René saltaba a controlar el timón, obedeciendo las indicaciones de Danny que era quien más sabía.

En realidad, Danny era el jefe dentro de la embarcación; la responsabilidad en el patroneo era suya y el barco era propiedad de su padre.

—Bien —asintió Johnny que seguía a la proa—. Si vemos alguna cosa buena podemos volver mañana, ¿no?

—Sí, hemos de ir a puerto. Hay que comprar gasoil, café, azúcar, cigarrillos y unas cuantas cosas más —contestó Danny mientras hacía que la embarcación se adentrara entre los peñascos. Johnny le iba advirtiendo de la peligrosidad de los mismos.

—¡Creo que ya estamos suficientemente cerca! —grito Johnny viendo las paredes de! gran islote frente a él. A flor de agua, una gran cueva penetraba en el islote.

Danny recogió velas al tiempo que soltaba el ancla, haciendo que el cúter detuviera la marcha, aunque sabía que la fuerza que llevaban los arrastraría un poco hacia las paredes rocosas donde rompían las olas, espumeando y produciendo un rumor constante, que en ocasiones, ahogaba las voces de los jóvenes.

El ancla se enganchó en unas rocas submarinas y la cadena se tensó. El cúter gimió como si las maderas fueran a resquebrajarse, mas luego se detuvo.

—Ahora no hay peligro de irnos contra el islote —opinó René mirando hacia abajo y viendo que el ancla estaba metida entre la densa llora que

recubría el peñasco submarino.

—Bueno —aceptó Danny saltando hacia atrás y colocándose a su lado—. Esperemos no tener que perder el ancla.

—No temas. Cuando buceemos ya la liberaremos y después sólo habrá que izarla.

—¡Eh, Danny! —interpeló Johnny, acercándosele.

—¿Qué pasa?

—¿No te parece que este sitio tiene algo especial?

—¿Algo especial, a qué te refieres? Johnny se encogió de hombros.

—Es como si Ulises hubiera pasado por aquí en su Odisea.

—¿Ulises, La Odisea? Vamos, vamos, es muy bonito este lugar, está lleno de islotes, pero aquí no hay nada más. No puede haber vida. Seguramente no habrá más agua que la del mar y los islotes serán todo roca, a lo sumo un poco de tierra.

—¿Sabes, Danny? —Comenzó Johnny, sentándose trente a sus dos amigos —. Cuando me propusiste esta especie de crucero por las islas griegas, me gustó, y me gustó porque pensé que había la posibilidad de descubrir algo extraordinario. Todo esto está cargado de historia.

—¿Crees que vamos a descubrir Troya? —se burló René.

—Ya fue descubierta por Dörpleld, pero había muchos templos de la antigua Grecia que no estén descubiertos.

—No creo que nadie se entretuviera en levantar un templo en un islote como éste, que es el mayor del pequeño archipiélago —le observó Danny V. Noland—. Entre otras cosas porque las embarcaciones no podrían llegar hasta aquí ni sus ocupantes desembarcar.

—Quién sabe, a lo mejor por el otro lado sí —replicó Johnny. René se levantó y preguntó:

—¿Cuánta extensión tendrá ese islote?

—No lo sé. No viene en la carta de navegación, sólo hay unos puntos marcados como zona peligrosa por haber rocas a flor de agua y pequeños islotes.

Por su parte, Johnny calculó:

—Yo diría que tendrá dos o trescientos metros de ancho por un poco más de largo.

—Si éste es el mayor, ¿cómo serán los otros?

Mirando en derredor, podían verse cuatro o cinco islotes más, todos pequeños.

Al otro lado del islote mayor había otros cuatro, también de pequeño tamaño.

—¿Cómo te parece que están las aguas? —preguntó Johnny a Danny.

— Buenas.

—Como sólo vamos a bucear un poco para ver que tal está esto, no me visto con el traje de neopreno.

Johnny lúe el primero en lanzarse al agua con las botellas de aire

comprimido a la espalda y el fusil submarino en la mano. Se hundió rápidamente gracias al aleteo de sus pies de pato.

—Creo que podremos pescar algo bueno por aquí —opinó René.

—Sí, comeremos mero si es que lo pescamos.

—Si pescamos de más podríamos venderlo en el pueblo, ¿no?

—Sí, claro, pero también lo podemos meter todo en el gran congelador.

—La verdad es que estamos comiendo mucho pescado —observó René.

—No va mal que te desintoxiques un poco de tanto pollo con sabor a sardina pasada, por tanto pienso de harina de pescado como comen. Por lo menos, aquí comes el pescado auténtico y no hay mejor pescado que el de mar, salado v sabroso. El del mar Mediterráneo, si no fuera porque lo están estropeando las industrias y las grandes ciudades con su contaminación, sería de lo mejor del mundo.

—Sí, pero como dicen que el pez espada y el atún mediterráneo llevan mercurio en sus carnes...

—Si no has pescado ningún atún —se rió, empujando a René que estuvo a punto de irse al agua.

Mientras, Johnny buceaba alejándose del Ítaca bajo el agua. Rodeó un grupo rocoso que en la superficie del mar no era mayor que tres o cuatro bidones de doscientos litros, pero que bajo el agua resultaba grandioso y su profundidad era enorme.

Johnny pudo constatar de inmediato que en algunos puntos, la oscuridad del fondo resultaba significativa. En otros lugares, el fondo parecía más próximo. En general tenía poca arena, era muy rocoso y la abundancia de peces era grande.

Se detuvo en su buceo fijándose en que había allí restos de embarcaciones. Al descender comprobó que la profundidad a que se hallaban los restos de naufragios era excesiva y rehusó bajar más en aquel primer intento.

Avanzo hacia una gran gruta que se abría bajo el islote; pronto se hizo oscuro delante de él y se abstuvo de proseguir ya que no llevaba linterna submarina. En grutas corno aquélla solían esconderse grandes ejemplares de la fauna submarina, peces, pulpos, enormes crustáceos.

No le gustó y se sintió desasosegado, como si desde lo más hondo de la gruta submarina un par de ojos malignos le estuvieran observando. Dio media vuelta y nadó aprisa, moviendo con rapidez las aletas de goma que calzaba, como si tuviera la impresión de que algo o alguien le persiguiera.

De esta forma, tras rodear la montaña rocosa submarina en la que aparecían los restos de naufragios, arribó al Ítaca, yendo directo a la escalerilla de acero y madera que solían colocar en la borda cuando se detenían en algún lugar v pensaban bucear.

—Eh, ¿qué has pescado? —gritó René.

Johnny subió a bordo. Se quitó las galas, la boquilla y se sentó sin desprenderse de las botellas.

—Ahí abajo hay restos de naufragios.

Sus amigos se lo quedaron mirando. Danny opinó:

—Es lógico, es un lugar muy hostil. Si alguien navega con mal tiempo, seguro que se estrella contra las rocas y se hunde, es fácil zozobrar aquí. Hemos tenido suerte de arribar con mar calma.

—Es que no había un solo resto, he visto varias embarcaciones.

—¿Barcos griegos antiguos? —Preguntó René—. A lo mejor sacamos ánforas y pagan quinientos dólares poicada una si están bien conservadas, incluso podrías dar con una llena de monedas.

—En ese caso, tendríamos que dar parte a las autoridades griegas —puntualizó Danny.

—Ya será menos. Si estamos en el mar...

—Son aguas jurisdiccionales griegas, no lo olvides si no quieres meterte en líos. En cualquier momento puede acercársenos un guardacostas v subir a bordo un par de funcionarios. Yo no quiero dar con mis huesos en la cárcel; además, no es justo.

—Aguarda, aguarda, yo no he dicho que los restos de naufragios fueran antiguos —casi protestó Johnny.

—Iré a dar un vistazo —dijo Danny tomando sus botellas de buceo.

—Encontrarás los restos cerca de la gruta. Ahí, aunque el islote está cerca, la profundidad es grande.

—Descuida, lo tendré en cuenta. Si tardo un poco más, habré hecho tiempo para la descompresión, va me veréis. Quizá aproveche para liberar el ancla.

Danny V. Noland, un joven de constitución atlética, bronceado por el sol y de cabellos rubio oscuros, algo largos, con un bigote muy poblado y ojos grisazulados que atraían a las muchachas, se lanzó al agua.

Se hundió y comenzó a bucear, convenientemente lastrado de plomo.

Constató por sí mismo lo accidentado del fondo marino donde había montículos rocosos y profundos barrancos. Toda la zona estaba igual, por eso afloraban tantas rocas a la superficie pese a haber grandes profundidades.

Aquel lugar no podía resultar más hostil y con el mar embravecido, debería ser totalmente inaccesible.

Pronto descubrió los restos de naufragios. Se sintió atraído por ellos y comenzó a descender. Pudo ver botes de diversas clases. Había restos de lanchas grandes que podían haber sido metálicas y también de plástico y madera.

Las había de diversos colores y todas se hallaban destrozadas. Las de plástico y madera debían haberse hundido por hierros u otros materiales que llevaban adheridos.

Una de las lanchas era una motora que se veía bastante nueva pese a estar destrozada. El peso del motor era lo que la había hundido. Se hallaba algo más profunda que otros restos, pero podía verla bien y no descubrió a nadie dentro.

Entre las naves naufragadas no se veía ningún resto humano y los peces iban y venían, con sus ojos siempre abiertos, sin prestar atención a las

maltrechas embarcaciones.

La motora, que más había atraído su atención, estaba en una pendiente y corría el riesgo de resbalar y perderse en lo más hondo de las oscuras profundidades donde se abrían grietas inquietantes, posiblemente debidas a volcanes o seísmos que habían agrietado el fondo submarino hacía siglos, quizá milenios.

Dedujo que el motor de explosión de la motora podía ser aprovechable, quizá bastaría con cambiar la hélice, aunque habría que verlo más de cerca.

Por su controlador de muñeca observó que había descendido más de lo previsto en aquella primera inmersión y que era preferible dejarlo para otro momento.

Comenzó a ganar altura y cuando se hallaba a unos siete pies de la superficie, nadó en horizontal hacia el cúter. Supuso que sus amigos y compañeros de viaje debían haberle visto debido al color amarillo chillón de las botellas.

Buscó la cadena del ancla y descendió por ella hasta llegar a la mismísima ancla. Forcejeó, estaba bien enganchada. Allí también había restos de naufragios, eran cuerpos metálicos. La madera, quizá a través de siglos, había desaparecido ya.

De improviso, un pulpo de considerable tamaño surgió de su guarida, oculta entre la abundante flora de color verde oscuro, y se alejó.

Danny se mantuvo a la expectativa. Los pulpos grandes le parecían seres extraños que nada tenían que ver con los peces. Sus cabezas abombadas y sus ojos grandes, de aspecto inteligente, no le gustaban; parecían estar observando siempre y no se sabía cuál era la decisión que al final iban a adoptar.

Aquella clase de pulpos no solían atacar al ser humano, pero nunca se sabía. En varias ocasiones se había quedado mirando a un pulpo grande cara a cara, pupila contra pupila, y nada había sucedido. Algunos buceadores jugaban con ellos, los acariciaban, y los pulpos se dejaban, como una hembra mimosa.

Se enroscaban a los brazos humanos y nada hacían por atacar, claro está que aquel juego siempre debía realizarse cuando el pulpo estaba lejos de la roca para que no pudiera agarrarse a ella, va que si el buceador se entregaba al juego del pulpo y perdía poco a poco el aire o si había descendido sin botellas, podía encontrarse al final con la desagradable sorpresa de que al cefalópodo no le gustara terminar con el juego y no le soltase, lo que equivalía a la muerte por asfixia.

Con el ancla ya liberada, dejó pasar el tiempo. Salió a la superficie y subió a la embarcación.

—Bien, vámonos de aquí. Volveremos a este lugar, me parece interesante. Podemos pescar buenas piezas, he visto un pulpo que tendría entre ochenta y noventa pulgadas.

—¿Qué te han parecido los restos de naufragio? —preguntó Johnny

delante de René.

—Hay muchos, este lugar parece maldito. Con buen tiempo es inmejorable para el buceo, aguas transparentes, flora, fauna, pero con mala mar debe ser terrible. He visto una motora que parece tener el motor perfecto v es potente. Dos mil dólares podrían pagarlos por él. Ahora, vámonos, hay que atracar en el pueblo. Ya volveremos por aquí, podemos pasar tres o cuatro días, eso si la mar no se pica, porque ni siquiera con mar rizada nos podríamos acercar a este lugar. René, sube el ancla, voy a poner el motor en marcha para salir de este cepo para embarcaciones, no vaya a ser nuestro Ítaca uno más entre los restos que hay en el fondo.

No tardó en roncar el motor y, despacio, el cúter comenzó a avanzar de popa para no maniobrar en falso y dar con el casco contra alguna de aquellas agujas rocosas submarinas que lo abriría con una gran facilidad, haciéndoles naufragar.

—¡René!

—¿Qué pasa?

—¡Controla las revoluciones del motor, disminuye la velocidad! —gritó Danny, que era quien gobernaba el cúter.

Johnny maniobraba con el timón mientras miraba a babor y a estribor tratando de descubrir las rocas que podrían rajar las cuadernas del casco.

Danny, que iba de un lado a otro mientras el cúter avanzaba de popa para no verse obligado a virar ciento ochenta grados, soltó el foque y maniobró para recoger el viento, ayudando así al motor.

Cuando ya se alejaban de las peligrosas rocas que erizaban el mar, soltó la mayor y se escuchó el ruido del velamen al ser batido por el viento. El cúter, de tipo «universal» se balanceó peligrosamente y los tres jóvenes se agarraron con mosquetones para la maniobra y no salir despedidos por la borda.

—¿Paro el motor? —preguntó René.

—¡No, no lo pares, iremos más aprisa para acelerar, ya lo detendremos cuando cojamos velocidad! —le gritó Danny.

Después, se unió a Johnny y le ayudó a maniobrar con el timón. Ya lejos de los islotes, viró la embarcación los ciento ochenta grados y entonces gritó a René:

—¡Cambia el sentido de la dirección del motor!

La hélice quedó desembragada mientras el cúter giraba poco a poco, gradó a grado, inclinándose peligrosamente.

La maniobra era difícil, había que realizarla bien para no escorar hasta volcar totalmente.

La habilidad de Danny se puso de manifiesto y ajustó el mastelerillo para contrapesar la embarcación. Al fin, la proa quedó hacia el rumbo que deseaban.

—¡Vamos, René, embraga! —le gritó.

El cúter sufrió una pequeña sacudida hacia delante v con todo el velamen desplegado, comenzó a surcar las aguas con fuerza, hasta rebasar los treinta

nudos,

—¡Quita el motor, ya vamos bien!

Dejó de escuchar el runruneo del motor y el cúter avanzó tomando impulso, vencida ya la resistencia de la inercia.

El cúter era muy marinero, y más patroneado por Danny V. Noland que parecía compenetrarse con la embarcación y los vientos. Sabía colocar a la perfección el mastelerillo, la mayor y el foque, de tal forma que recogía el máximo de viento y las velas se hinchaban por la fuerza eólica que empujaba y empujaba, haciendo que el cúter dejara una estela tras de sí pese a que llevaba el motor adicional parado.

De pronto, avistaron el pueblo. Danny, que jamás antes había estado en aquella aldea marinera, diviso a distancia el malecón y no le pareció muy seguro para su velero.

—Eh, no vamos a llegar al malecón, anclaremos en el centro de la bahía.

—¿Bajaremos a tierra con el chinchorro? —preguntó René.

—Sí, será mejor. Uno se quedará de guardia en el Ítaca.

Recogieron el velamen y como no tuvieron que maniobrar, no fue preciso poner en marcha el motor adicional.

Danny soltó el ancla y le dio cadena hasta tocar fondo. El cúter quedó sujeto y desde la cubierta de proa pudieron observar el pueblo marinero que bajaba escalonadamente hacia el mar.

—Es bonito, ¿verdad?

—Parece muy tranquilo —respondió Johnny a Danny.

—Aquí no hay tanto turista como en España o Italia —comentó Danny—. Espero que podamos encontrar de todo lo que nos hace falta.

—¿Quién se queda a bordo? —inquirió René.

—Lo decidiremos a suertes.

Danny sacó un par de dados que arrojó sobre el piso de cubierta.

—Seis y uno, siete —dijo.

René recogió los dados y los lanzo a su vez

—Tres y cuatro, siete, empalados.

Johnny tiró después, sacando un dos y un tres.

—Vaya, tienes mala suerte, te quedas vigilando —le dijo René.

—Luego, por la noche, saldré yo, claro que si traéis chicas a bordo no hará falta que salte al chinchorro para llegar hasta el malecón.

Botaron la pequeña embarcación que llevaban para emergencias. Poseía remos y un motorcito que Danny puso en marcha. Con él, arribaron al malecón donde atracaron. Sujetaron él chinchorro de popa y proa para evitar bandazos y saltaron a tierra.

—Eh, Danny, fíjate qué chica viene por el malecón.

—Es muy guapa —opinó Danny.

La joven no se desvió y se enfrentó a ellos.

—Les he viso llegar y...

Danny y René intercambiaron una mirada. La muchacha, obviamente, no

era griega. Hablaba francés y con acento de París.

—¿Puedo ayudarla en algo, mademoiselle? —le respondió Danny, viéndola muy preocupada.

—¿Han visto una motora roja y azul?

—¿Una motora roja y azul? —repitió René, casi encogiéndose de hombros.

Danny puso su mano sobre el hombro de René como pidiéndole que le dejara hablar a él y entonces preguntó:

—¿Iba en ella algún pariente suyo?

—No, no es pariente.

—¿Un amigo?

—Mi jefe —explicó, lacónica.

—¿Su jefe, y dice que es una motora roja y azul, con un motor potente?

—Sí, sí. ¿La ha visto?

—Mademoiselle, creo que será mejor que vayamos a ver al comandante local de policía.

—Pero, ¿qué dices, Danny?

—Si esa motora es la misma que yo he visto, está bajo el agua.

—¿Bajo el agua? —repitió Gwen, mostrando sorpresa y estupor en su bello rostro.

—Sí. La mar tiene esas cosas, mademoiselle, como la carretera, claro, pero pudiera ser que sólo se hubiera hundido la motora y su jefe se haya salvado.

—Si no hemos visto a nadie en aquel archipiélago —casi protestó René, mirando sorprendido a Danny.

—También puede ser que no se trate de la misma motora.

Los tres jóvenes se alejaron por el malecón seguidos por la mirada de Johnny, provisto de unos potentes prismáticos.

El comandante de policía era un hombre grueso que lucía un bigote de dos centímetros de ancho lo mismo en sus extremos que en su centro. Estaba muy bien recortado y terminaba justo donde concluían las comisuras de los labios. Sus ojos eran muy redondos y las pupilas, negras y vivaces.

—Daré parte a la superioridad.

—¿Es que no van a averiguarlo ahora?

—¿Ahora? —Semejó burlarse el griego—. Mademoiselle, si la motora está bajo el agua ya no hay prisa.

—Pero, monsieur Arnoux puede estar allí necesitando de auxilio.

—Los jóvenes acaban de llegar de ese lugar y no han visto a nadie. Usted misma lo ha oído, mademoiselle.

Danny, viendo en problemas a Gwen, puntualizó:

—Bajo el agua tampoco hemos visto a nadie.

—Allí, las aguas son muy traidoras. ¿Saben cómo se llama a ese archipiélago de islotes?

—Si usted no nos lo dice...

—Archipiélago del horror. Realmente no se llama así, pero es un lugar

maldito, no les recomiendo que se acerquen. Hay muchas corrientes y los islotes y los arrecifes hacen que la zona sea extremadamente peligrosa. Tendrían que prohibir que nadie se acercara a las islas y poner boyas advirtiendo del peligro.

—Es cierto que el lugar es muy peligroso —admitió René.

—Pero habrá que ir a rescatar la motora. Estaba alquilada por monsieur Arnoux

—insistió Gwen, que no sabía cómo exigir que fueran en busca de su jefe.

En el fondo se sentía responsable de la desaparición de Arnoux. En principio había pensado que él se había marchado en la motora, olvidándose la maleta en el hotel.

—Mire, mademoiselle, yo dispongo de un bote, pero no es suficiente para acercarme a esos islotes y tampoco podría hacer nada, no soy especialista de buceo, esa no es mi misión. Posiblemente mañana, a primera hora, un helicóptero revisará los islotes con prismáticos por si monsieur... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

—Claude Arnoux.

—Bien, pues tratarán de ver si hay alguien en los islotes, especialmente en el mayor. El helicóptero es muy ruidoso y dará varias pasadas, de modo que si monsieur Arnoux está vivo, tendrá que oírlo y le verán a poco que se mueva. Si está allí, le rescatarán.

—¿Y si no? —preguntó Gwen.

El comandante de policía suspiró, encogiéndose de hombros.

—Posiblemente dentro de tres, cuatro o cinco días, llegue una lancha de la marina al lugar. Los buceadores descenderán para identificar la lancha y averiguar lo ocurrido.

—Nosotros regresaremos mañana a ese lugar —advirtió Danny.

—¿Desean jugarse la vida?

René sonrió, queriendo quitarle importancia,

—Somos deportistas y allí se puede hacer buena pesca submarina.

—¿Pueden llevarme a mí a ese lugar? —preguntó Gwen de súbito, sin pensárselo dos veces.

El comandante de policía achicó sus ojos mirando a Danny.

—Sí, ¿por qué no? —respondió éste.

—¿Es bueno su balandro? —preguntó el policía.

—Es un cúter con foque y mastelerillo y motor adicional.

—¿Y dice que ya se han metido allí, entre los islotes?

—Sí, somos buenos marineros y llevamos equipos de buceo.

—Bien, bien, podría ir con ustedes a dar un vistazo, así sabrán los del helicóptero que yo estoy en el lugar. Siempre tenemos problemas con los extranjeros. Turquía está cerca, Chipre es un lugar conflictivo y por esté mar pasan muchas embarcaciones. Los guardacostas tienen mucho trabajo, pero se hará lo que se pueda por encontrar al monsieur ese.

—Podemos sacar algunas fotografías de la motora —observó René.

—¿Llevan máquina para fotografiar bajo el agua? —interrogó el policía griego, interesado.

—Sí —asintió Danny—. Yo he estado viendo la motora. La verdad es que se halla en un lugar difícil. Si se producen algunas corrientes marinas por acción de las mareas, es posible que la motora caiga más al fondo de lo que está y entonces, será muy dificultoso llegar hasta ella, aunque me temo que poco se podrá ver. El casco está destrozado.

—De todos modos, les acompañaré y vendrá conmigo Diógenes. ¿Cabremos todos en su cúter?

—Si no pesa demasiado el tal Diógenes —observó Danny, quitando tensión a la situación.

—Es nuestro médico. Será mejor que nos acompañe por si encontramos a monsieur Arnoux y precisa ayuda.

—De acuerdo. Comandante, a las seis de la mañana le pasaremos a recoger por el malecón.

—¿Llevan radio?

—Sí.

—Perfecto, de este modo podremos estar en comunicación con el helicóptero.

—El policía se levantó de su butaca, ahora parecía interesado en el asunto —. Rastrearemos todos los islotes y si monsieur Arnoux está allí, seguro que le encontraremos.

Abandonaron la comandancia. Ya en la calle, Danny se atrevió a preguntar:

—¿Monsieur Arnoux era algo más que su jefe? Y disculpe si la ofendo, mademoiselle.

—No, no era nada más —replicó ella, evidentemente molesta.

—¿Había venido con la motora hasta aquí por motivos de trabajo?

—¿Es usted policía, acaso?

—No, no lo soy, disculpe de nuevo, pero posiblemente mis amigos y yo arriesguemos la piel por encontrar a ese hombre.

—Tiene razón —admitió ella, bajando la cabeza—. Sólo soy su secretaria, nada más. El está casado. Lo malo es que cuando la noticia llegue a su esposa va a pensar torcidamente respecto a monsieur Arnoux y a mí, porque es cierto que no teníamos nada que hacer aquí más que pasar unas horas de asueto.

—Yo no pienso torcidamente, te creo —le dijo, tuteándola.

—Y yo también —añadió René.

La muchacha sonrió a ambos y con una tristeza difícilmente contenida, dijo:

—Gracias.

—¿Estás en el hotel?

—Sí, sigo en el hotel.

—Nosotros pasaremos la noche en el cúter, allí tenemos de todo. Ya lo verás mañana.

—No te dejes enredar por él —le dijo René, señalando a Danny—. Tiene complejo de Edipo.

—¿Qué dices tú ahora? —se sorprendió Danny.

—El cúter es de su padre y él lo quiere más que si lucra su novia. Eso es tener complejo de Edipo, ¿o no?

Los tres se echaron a reír; la tensión nerviosa de Gwendoline cedió al hallarse en compañía de los jóvenes.

Dejaron a Gwen en su hotel y René le dijo a Danny:

—Una chica interesante, ¿eh?

—Sí, mucho. Está muy preocupada, posiblemente venía con todos los gastos cubiertos por parte de ese Arnoux y ahora no sabe cómo volver a París.

—¿Crees que se habrá quedado sin dinero?

—Es posible que no tenga todo el que necesita. Esa clase de sujetos son de los que llevan en su cartera todo el dinero y también los pasajes. Si ha llegado desde Atenas aquí en la motora, tendrá que regresar en coche a Atenas y luego, un billete de avión Atenas-París le costará una cantidad apreciable y sólo es una secretaria de gestoría.

—¿Por qué crees que habrá acompañado a ese monsieur Arnoux hasta aquí?

—Posiblemente por ingenuidad. No me extrañaría nada que él le hubiera tendido una especie de trampa. En un lugar de distinta lengua, tan lejos de París, sin nadie conocido alrededor, ella tenía que sentirse forzosamente sola y más unida a su jefe y éste trataría de aprovecharse de la situación.

—¿Crees que intentó forzarla?

—No sé si lo intentó, pero seguro que ese plan bullía en la cabeza del viejo, me jugaría el cuello.

Estuvieron comprando y haciendo encargos. Al amanecer habrían de hacer varios viajes con el chinchorro desde el cúter al malecón, especialmente para recoger los bidones de gasoil que les hacían falta para llenar de combustible el tanque del motor adicional.

Cuando Johnny les vio llegar con varias cajas, había comenzado a anochecer.

Les recibió agitando los brazos en actitud de protesta.

—¡Al fin! Creí que iba a tener que visitaros en el cementerio del pueblo.

—¿Sabes una cosa, Johnny? Cuando encuentre un perro, te lo traigo.

—¿Y para qué quiero yo un perro?

—Para que no te sientas solo.

—Pues no me sentiré solo esta noche porque me iré al pueblo.

—Me parece una tontería —le replicó Danny— Mañana tenemos que madrugar, hemos de recoger a varias personas y luego marchar hacia las islas del horror.

—¿Islas del horror, dices?

—Bueno, más o menos las llaman así. A! parecer, a nadie le gusta ir por sus aguas. En el almacén donde hemos comprado aseguran que los que van

allí ya no vuelven.

—¿Son supersticiosos en el pueblo?

—No se —replicó Danny encogiéndose ligeramente de hombros—, pero detrás de cada superstición suele haber un fundo de realidad, un motivo que quizá se pierde en el tiempo. En este caso del archipiélago del horror, la razón está clara. Es muy peligroso acercarse a esos islotes rocosos porque las corrientes son muy traidoras y resulta fácil rajarse el casco y hundirse después. Por lo que han dicho, los marineros no pescan en esa área.

—Ya, se quedarían sin redes —observó Johnny.

—Así habrá pesca abundante para nosotros —opinó René.

—Pues, nosotros hemos ido y hemos vuelto y el Ítaca no es un bote pequeño que se pueda meter entre las rocas.

—La verdad es que resulta muy arriesgado meterse de nuevo ahí dentro con el cúter, pero ya que nos hemos comprometido, lo haremos.

—¿Comprometido, con quién? —preguntó Johnny. René, después de descargar unas cajas, explicó:

—Con la policía.

—¿La policía, qué tiene que ver con nosotros?

—Se busca a un tipo desaparecido en una motora roja y azul.

—Y esa motora está donde tú has descubierto los restos, pero.,,

—Yo sí la he visto, habrá que comprobar si es la misma. Ese hombre desapareció ayer, quizá mañana le encontremos flotando en las aguas o enganchado en alguna roca.

—No me gusta el asunto. Quizá lo encontremos repleto de cangrejos dándose un festín.

—Entonces, nosotros nos comeremos a los cangrejos para fastidiarlos. Johnny hizo un gesto de vomitar.

—En toda la travesía no me como un solo crustáceo, palabra.

CAPITULO III

Johnny se había metido en la taberna del pueblo y allí estuvo bebiendo vino griego al que no estaba acostumbrado. En vez de alegrarse, comenzó a sentirse deprimido.

Había llegado a tierra firme con el pequeño bote esperando divertirse y se había encontrado con un pueblo totalmente apacible, carente de diversiones para los forasteros.

Seguía siendo una aldea marinera pura en la esencia y en la forma. La llegada masiva de turismo no se había producido aún en aquel lugar, por ello seguía sin degradar.

Los habitantes del pueblo eran gentes sencillas que vivían según sus tradiciones no tenían prisa para nada.

Durante el día circulaban pocos automóviles y durante la noche, raramente se oía el ruido de un motor de explosión.

Si arribaban forasteros, se les atendía cordialmente, pero no se les integraba en la comunidad. Vivían como de espaldas a ellos, sin interesarse por lo que hacían o dejaban de hacer. Los forasteros eran gente que iba y venía, llegaban y desaparecían con la misma facilidad, sin dejar huella.

Johnny lamentó que no hubiera un pub, una discoteca o una cafetería de alterne. Por el contrario, varios hombres jugaban a. dados, al dominó o los naipes, hombres que estaban tan lejos de la mentalidad de Johnny como hubiera podido estarlo un extraterrestre.

Miró a la mujer que estaba al otro lado del mostrador y que en ausencia de su marido servía en la taberna. Estaba entrada en carnes, quizá tuviera sólo treinta años, pero más parecía cuarentona. Sonreía y esperaba a que Johnny, aquel jovencito de cabello rubio muy claro, le pidiera más bebida para poder atenderle.

—Oiga, ese archipiélago de islotes es un buen lugar para pescar, ¿verdad? — preguntó Johnny por decir algo. Comenzaba a sentirse incómodo y terriblemente solo y no deseaba regresar tan pronto al Ítaca porque temía que Danny y René se burlaran de él, después de que tanto había insistido en bajar a tierra para divertirse.

—¿El archipiélago de rocas? Malo, malo, lugar maldito —respondió la mujer de forma apenas inteligible para Johnny.

—¿Maldito? Es un lugar difícil, pero yo no creo en maldiciones.

—Archipiélago del horror, quien va ya no vuelve, no vuelve —insistió ella —. No vaya, está maldito, allí están ellas.

—¿Ellas, quiénes son ellas?

Miró a un lado y a otro como temiendo ser oída. Volcó su voluminoso tetamen sobre el mostrador húmedo y acercó su boca al oído de Johnny.

—Son las sirenas.

—¿Las sirenas? —Johnny se echó a reír—. Qué más quisiera yo que

encontrar sirenas.

—No son sirenas como cree, de las que son mitad peces, no —dijo ella ayudándose con las manos para explicar mejor y haciendo unos movimientos como si tuviera cola y la agitara—. Son las sirenas de Ulises.

—No me diga. —Johnny volvió a reírse.

—Son endemoniadas y vuelan, vuelan. Aquí todos lo sabemos, pero no se comenta para que no vengan, aunque a veces vienen aquí y se llevan a algún hombre.

—¿Volando?

—No se sabe, pero quien desaparece ya no regresa jamás.

—Uy, qué miedo —se burló Johnny—. ¿Me da otro vaso de vino?

Apareció el marido de la tabernera y habló con ella en griego. La mujer se marchó y quedó el hombre sirviendo. A Johnny le pareció menos divertido, pagó v salió del local.

Las calles del pueblo estaban completamente vacías. Hasta él llegó una oleada de olor a mar, a sal, a algas.

—Si tan aburrido es este pueblo, me vuelvo al cúter. Por lo menos, allí podré escuchar música enlatada.

En el centro de la bahía pudo ver la figura esbelta del cúter Ítaca con su luz roja encendida en lo alto del mástil, señalando así su presencia.

La noche era clara y si bien la luna no estaba en plenilunio, se podía ver bastante redonda. Se dirigió hacia el malecón y no se cruzó absolutamente con nadie.

Johnny quería reírse de todo, mas no lo conseguía, pese al vino que ya llevaba dentro de su cuerpo. Avanzó por el malecón sin perder de vista el Ítaca que apenas se mecía sobre las aguas quietas.

Se fue directo al chinchorro y, de pronto, descubrió a una bellísima muchacha dentro del pequeño bote que el cúter llevaba consigo para llegar a tierra firme si el velero no podía atracar debidamente.

La pálida tez de la joven estaba iluminada por la luna. Le miraba fijamente y sonreía con unos labios que en la noche se veían oscuros.

—Uau, parece que no he tenido tan mala suerte después de todo... Johnny saltó al bote. La joven continuó sentada en la bancada de proa.

—Oye, ¿de veras me esperabas?

Ella sonrió plácidamente y asintió con la cabeza.

—Si te llevo al cúter, mis amigos también querrán divertirse. Ella denegó con la cabeza.

—¿Vamos a tu casa?

—Sí.

—Pues vamos raudos a tu casa, preciosa.

Ella le señaló el motor y Johnny lo puso en marcha tras soltar las amarras que sujetaban el pequeño bote al malecón.

—Oye, guapa, ¿dónde está tu casa?

La joven se volvió hacia el mar y extendió su índice hacia la oscuridad.

—¿Cómo te llamas?

Ella comenzó a canturrear en vez de responderle, y su canto, que pese al runruneo del motor, se escuchaba perfectamente, extasió a Johnny que ni se dio cuenta de que se alejaban de la bahía. El cúter ya no estaba a la vista y ni siquiera su luz ruja, en lo alto del mástil, podía verse.

Johnny se relajó sobre el bote que surcaba el mar, balanceándose, sin que la bellísima joven dejara de cantar. Johnny no entendía la letra de aquel canto que le subyugaba, pero se dejaba llevar.

El tiempo dejó de tener sentido para él y estuvo mucho rato mirando el rostro de la joven, que continuaba sentada delante de él, como marcándole el camino que debía seguir sobre las aguas.

Hubo un momento en que Johnny, no supo si por sueño, por efectos del fuerte vino griego o por el canto de la bellísima desconocida, cerró los ojos.

Volvió a abrirlos cuando dejó de oír el sonido del motor.

Miró hacia la muchacha y no la encontró. Algo desconcertado, miró hacia el motor del pequeño bote, un fuera borda, y comprobó que, efectivamente, estaba detenido.

—¿Dónde estás? —preguntó, mirando a su alrededor.

Entonces se dio cuenta de que las olas batían en torno suyo, pero en todas direcciones. No las tenía sólo delante, sino a los lados y también detrás. Comprendió que se hallaba entre rocas que afloraban en el agua. El lugar era muy peligroso.

Al principio no supo bien dónde estaba. Ante él se alzaba la masa oscura de la mayor de las pequeñas islas. Sobre el islote, recortada contra las estrellas e iluminada por la luz de la luna, estaba la bella muchacha que seguía cantando, pidiéndole con gestos que fuera tras ella.

Johnny se sentía atraído por la mujer, pero no hasta el punto de no darse cuenta de que las paredes rocosas y más de noche, resultaban inaccesibles para él.

—¡¡Noooo!! —gritó haciendo embudo con las manos alrededor de la boca —.¿Cómo has subido tú?

—¡Ven, ven! —Y escuchó más cantos.

Johnny se revolvió nervioso dentro del chinchorro, sin comprender cómo ella había podido saltar a tierra.

Mientras, el bote fue hacia una de las rocas que apenas afloraban del agua a tres o cuatro palmos de altura pero muy amenazadoramente.

El casco rozó contra el peñasco, y de haber un poco más de mala mar, el bote se habría rajado.

Johnny agitó la cabeza como queriendo sacudirse la pesadez que le embotaba. Tomó la cuerda de amarrar y rodeó con ella la cúspide de roca que emergía del agua, sujetando el bote para evitar que diera más golpes.

No obstante, el lugar seguía siendo peligrosísimo. El chinchorro se balanceaba excesivamente y en aquella situación, Johnny estaba seguro de no saber por dónde escapar.

—Yo no me muevo de aquí hasta que se haga de día.

Bien amarrado a la roca, se sentó en el fondo del bote para evitar el riesgo de caer al agua.

Arriba, en el islote grande, la bella muchacha que le había conducido hasta aquel lugar seguía cantando de una forma que intoxicaba, que aturdía, que atraía y enervaba al mismo tiempo.

Johnny se negaba a dejarse seducir y comenzó a darse cuenta de que aquel lugar ya lo conocía. Habían estado allí durante el día y se extrañó de haber llegado tan lejos en el pequeño bote. Golpeó el motor, quiso ponerlo en marcha, pero no obedeció.

—No hay gasolina —masculló.

Cuando volvió a mirar hacia lo alto, la bella muchacha ya no estaba sola, sino que había otras jóvenes como ella, observándole desde el islote mayor.

Johnny comenzó a sentir miedo y miró preocupado en derredor. Rocas negras y siniestras quedaban muy a la vista gracias a la espuma de las olas al romper contra ellas.

No veía salida para aquella especie de trampa. Otra cosa sería cuando se hiciese de día; entonces trataría de salir remando.

Las muchachas comenzaron a cantar a coro y Johnny sintió el irresistible impulso de lanzarse al agua y nadar hacia la isla, trepar por las rocas e ir a su encuentro; sin embargo, no se movió del bote, el miedo lo estaba atenazando.

—Las sirenas griegas, las sirenas de La Odisea... No es posible, no pueden serlo, estaré borracho.

De pronto, una de las jóvenes se lanzó al vacío. La vaporosa túnica que la cubría se hinchó formando una especie de manto alado que impidió que se precipitara sobre las rocas o las aguas.

Tras la primera, fueron lanzándose las demás, todas volando y como poseídas de luz propia, fosforescían en la noche.

Sus cantos se transformaron en horribles chillidos que le sobrecogieron. Volaban sobre los islotes una tras otra, describiendo eses y círculos en el aire, dominando el espacio como malignos seres alados.

La que encabezaba la fila se lanzó sobre Johnny en una caída en picado.

El muchacho vio su rostro y ya no le pareció hermoso, sino horripilante. Era un rostro esquelético con las cuencas vacías que, sin embargo, semejaban poseer el don de ver, calaveras que llevaban las fauces abiertas, dispuestas a asestar dentelladas.

—¡¡Nooo!! —gritó Johnny.

Cuando aquel ser diabólico se le echaba encima, Johnny se ladeó. Notó que el manto que constituía las alas le rozaba; y tras la primera, siguió la segunda, la tercera y así sucesivamente mientras todas lanzaban agudísimos alaridos que le taladraban los tímpanos.

Johnny hubiera deseado lanzarse al agua y sumergirse hacia lo más profundo para dejar de ver aquellos rostros horripilantes que lo acosaban, pero su cuerpo se negaba a obedecer, estaba agarrotado, como clavado al

fondo del bote que seguía amarrado a la cúspide de una de aquellas altas y pétreas agujas submarinas.

—¡Malditas, malditas, largaos! —suplicó entre dientes.

Aquellas malignas mujeres que poseían el don de volar habían formado un círculo en torno y sobre Johnny, un círculo que giraba y que poco a poco iba estrechándose.

El muchacho terminó dejando de ver las estrellas y la luna y sólo vio los rostros cadavéricos, de mandíbulas que chillaban y amenazaban en una alucinante situación.

—¡Noo, noo, nooo...! —suplicó, cubriéndose el rostro con las manos, mientras sus ojos se negaban a cerrarse para escapar al espectáculo tan horrible que estaba viviendo.

Los chillidos eran tan intensos que se clavaban en su cerebro como agujas candentes. Tuvo la impresión de que iba a ser devorado cuando más de dos docenas de manos esqueléticas comenzaron a surgir de entre las túnicas, acercándose a él.

CAPITULO IV

El despertador sonó estridente y Danny V. Noland se revolvió en la litera.

En aquel momento se dio cuenta de que había estado soñando con Gwen, la bella e indefensa parisiense que conociera la tarde anterior.

Se sentó en la litera, dormía sólo cubierto con un slip. Observó a René que también dormía. Había allí más literas y la que debía ocupar Johnny estaba vacía. Danny, frunciendo el ceño, sacudió a René.

—¿Qué pasa?

—¡Hay que levantarse, tenemos trabajo!

—Ah, sí —aceptó René, bostezando ruidosamente—. ¿Y quién nos mandará a nosotros meternos a rescatadores?

—¿Has visto a Johnny?

—¿A Johnny? No, estará en el pueblo.

—¿Se habrá emborrachado?

Danny se puso los pantalones y tomó los prismáticos. Subió a la cubierta y tras comprobar que el chinchorro no había sido amarrado al costado del cúter, escrutó el malecón. Pese a que comenzaba a amanecer, la visión no era muy clara.

—Qué raro.

Regresó abajo. René estaba haciendo sus abluciones matinales y Danny se dedicó a preparar café con leche.

Amaneció y luego fue René quien escrutó la pequeña playa y el malecón.

—No está. ¿Le habrá ocurrido algo?

—No creo que haya podido naufragar desde el malecón hasta aquí —dijo Danny, molesto por la inesperada desaparición de su compañero.

—¿Qué hacemos? —preguntó René.

—Veremos de acercar el Ítaca al malecón.

—¿No enterraremos la quilla en la arena?

—Espero que no. Me ha parecido ver que había suficiente profundidad si nos acercamos por el extremo del muelle.

—Mira, por allí se acerca el comandante de policía, otro hombre y la chica — exclamó René al divisar las tres siluetas.

—Pondremos el motor en marcha y nos acercaremos de popa. Ponte a babor y ve comprobando la profundidad.

—Está bien, pero corremos el riesgo de encallar el Ítaca —insistió René.

—No llames a la mala suerte y coge el medidor.

El policía, el médico y la muchacha se acercaron por el malecón mientras el velero avanzaba de popa. Cuando ya parecía que iban a topar contra el malecón:

—¡Cuidado, hay poco fondo y vamos a chocar! —gritó René.

Danny desembragó el motor y cambió la dirección de la hélice, venciendo el impulso que llevaban, de tal modo que el cúter tocó suavemente el

malecón. René se apresuró a largar la pasarela.

—¡Vamos, arriba, y no tendremos que amarrar! —gritó.

Gwen dudó. El médico, que llevaba su maletín, saltó hacia la pasarela. René le cogió por el brazo y le ayudó a saltar a bordo. Gwen le siguió y el comandante de policía fue el último en subir.

René recogió la pasarela y Danny, que vigilaba a distancia, puso en marcha el motor, alejándose majestuosamente del malecón.

René se colocó al timón e hizo virar cuarenta grados a babor, mientras Danny, sin prestar atención a los recién llegados, largaba la vela mayor. Desplegó luego el mastelerillo y cruzó la nave para largar el foque y colocarlo adecuadamente para que recogiera el viento que después de empujar la mayor resbalaba hacia babor v proa.

—¡René, cuida el timón! —gritó.

Después, salpicado de agua, Danny se acercó a los recién subidos a bordo.

—Disculpen que no les haya atendido antes, pero maniobrar un velero como éste tiene su trabajo. Será mejor que se sitúen en el centro de cubierta o vayan abajo; si se balancea demasiado podrían caer al mar.

—Es un bonito barco —opinó Diógenes, el médico.

—Y muy marinero —añadió Danny—, pero tenemos un problema.

—¿Cuál? —quiso saber el comandante de la policía.

—Nuestro compañero Johnny. ¿Lo han visto por el pueblo?

—Ayer estuvo en la taberna —respondió el comandante de policía.

—Me lo figuro. ¿Y después?

—Lo único que sé es que le vieron alejarse hacia el malecón. ¿Acaso no ha llegado?

—No, no ha llegado y tampoco hemos visto el bote que se llevó, por ese motivo hemos tenido que aproximarnos con el propio cúter. Hemos corrido el riesgo de encallar. Tenemos una quilla muy profunda para equilibrar el balanceo del velamen que tiene mucha altura.

—¿Creen que puede haberle pasado algo? —inquirió Gwendoline.

—Johnny sabe bogar y también nada muy bien, no entiendo qué puede haberle ocurrido, el mar estaba en calma. Cuando regresemos al anochecer ya lo encontraremos. ¿Seguro que no había ninguna chica que pudiera atraerlo?

Al preguntar, Danny miró al policía y éste se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Ustedes parecen unos muchachos muy deportistas; sin embargo, dicen que la juventud se droga mucho hoy en día. ¿Seguro que su amigo no se fumo un «porro» o alguna otra porquería semejante? —inquirió ahora el médico griego.

—No, aquí no llevamos drogas, no somos amigos de los narcóticos. Por otra parte le diré que si un buceador toma drogas se puede llevar un buen disgusto. Ya tenemos suficiente con el peligro de la borrachera de las profundidades, sólo faltaría que aturdiéramos más nuestras mentes. Además, el fondo del mar es algo muy hermoso, pero fantasmagórico a la vez, no es

nuestro medio y las sombras son distintas, la luz también. Cualquier visión o ruido podría distorsionarse y provocarnos terror.

Danny, que sólo vestía un pantalón corto, sin proponérselo atraía la mirada de Gwen. Sorprendió con sus ojos grisazulados los verde claro de ella y ambos sonrieron.

—¿Quieren desayunar? —preguntó René, que había fijado el timón.

—Sí, ¿por qué no? —aceptó el médico.

—Si me dicen dónde está la cocina, puedo preparar algo —se ofreció Gwen.

—Un momento, yo iré contigo. René, haz los honores a nuestros visitantes; yo voy a detener el motor, ya no es necesario.

El rumor del motor dejó oírse y el Ítaca navegó gracias al dios Eolo que empujaba el amplio velamen. Resultaba airosa v gallarda la silueta del cúter surcando la mar y dejando tras de sí una estela limpia, sin grasas contaminantes, una estela que no pasó desapercibida para un grupo de delfines que saltó no lejos de ellos, elevándose varios metros en el aire.

—Ahí hay huevos, tocino, pan tostado y mantequilla y en el frigorífico encontrarás leche y cerveza.

—No la mezclarás, ¿verdad?

—No, es que René y yo ya hemos tomado leche esta mañana y como no somos perritos, con una poca nos basta, preferimos cerveza.

Gwen se quitó la blusa y quedó con los pechos ocultos por el sujetador del bikini.

—Puedes quitarte los pantalones si quieres, estarán más cómoda. Puedes pasar al dormitorio y yo comenzaré a preparar el desayuno.

Gwen sonrió y se alejó. Al poco regresó cubierta sólo con el bikini de color amarillo anaranjado.

Danny silbó, admirativo. Ella exclamó:

—¡Cuidado, se van a quemar los huevos!

Se escuchó él violento chisporroteo del aceite y Danny se apresuró a apartar la sartén del fuego.

El desayuno fue consumido con beneplácito por parte de lodos.

El médico, un hombre con más años de los que aparentaba, rechazó la leche y bebió más cerveza que los demás; luego, se volvió muy locuaz.

—Pues, sí, ese lugar al que nos dirigimos, el pueblo llano lo llama el archipiélago del horror, bueno, hay ligeras variantes... —Chasqueó la lengua y bebió otro trago de cerveza—. Yo nací aquí y ya de niño oía hablar del grupo de islotes adonde los hombres iban y no volvían, pero esos sucesos siempre se contaban en voz baja, como si todos temieran verse complicados o descubiertos. Había mucho miedo y lo sigue habiendo.

Danny opinó:

—Es lógico que haya muchos naufragios, ese lugar está lleno de rocas y el fondo tiene mucha profundidad, son verdaderos montículos rocosos bajo el mar.

—Sí, pero es algo más que un simple lugar peligroso. En Grecia sabemos mucho de islas e islotes, nuestras costas están plagadas de ellos y casi todos tienen su historia. No olviden que nuestra cultura viene de muy antiguo.

—Pero, no nos hará creer que los personajes de la mitología griega subsisten — observó René.

—Muchacho, la mitología tiene su sentido, su significación; lo mismo que la Biblia u otros libros importantes, fue escrita con alegorías, pero en el fondo hay verdades más o menos disfrazadas, más o menos cambiadas. Claro que no siempre se acierta al descifrar una alegoría ni se encuentra la auténtica explicación. Les digo a todos ustedes que en ese archipiélago ocurren cosas muy extrañas. Nadie de por aquí se atrevería a ir a ese lugar de noche y menos cuando la luna está entre el cuarto creciente y el menguante, especialmente en plenilunio. Incluso de día, nadie que conociera ese lugar como lo conocen los marinos de por aquí, iría solo.

—Y aparte de estrellarse contra las rocas, ¿qué puede ocurrir más? — preguntó Gwen, perpleja.

—No se sabe, mademoiselle, no se sabe, pero nada bueno y va a épocas. Parece que durante unos años no ocurre nada, es como si ellas estuvieran dormidas, pero de pronto despiertan y los marinos dan grandes rodeos para no pasar por aquí.

—¿Ha dicho usted «ellas»? —insistió Danny.

—Sí, he dicho ellas, se supone que son ellas.

—¿Y quiénes son?

—Verá, la historia... Bueno, no' se puede llamar historia, dejémoslo en leyenda. Quizá estoy hablando demasiado, ¿no creen?

René le alargó otra cerveza.

—No siga, doctor —le pidió el comandante de policía—. Estos extranjeros van a creer que estamos atemorizados por brujas. Además, son leyendas sin fundamento, no son racionales.

—Lo que usted quiera —objetó el médico—. Años atrás, yo también me reía de estas cosas, pero el tiempo me ha hecho pensar en esos sucesos extraños y ellas siguen ahí, en ese archipiélago, odiando con ferocidad.

—Pero ¿a quién odian? —inquirió Gwen, profundamente impresionada. Diógenes, el viejo galeno del pueblo marinero, no tuvo tiempo de responder.

René se había levantado y señalado por encima de la proa, exclamó:

—Ahí está el archipiélago.

Todos se volvieron hacia los islotes. Cuando la proa se levantaba, dejaban de verlos y cuando descendía hacia la mar, reaparecían.

—Fíjense, líjense bien... En cualquier otro islote habría gaviotas, allí no hay pájaros... ¿No tienen la impresión de que esos islotes están malditos?

—Ahora hay que tomar muchas precauciones —advirtió Danny.

—Lástima que nos falta Johnny —se lamentó René.

—Nos acercaremos a vela y entraremos con motor —expuso Danny, manejando el timón para buscar la entrada que utilizaran el día anterior para

aproximarse a la isla mayor.

Danny, que no perdía de vista la entrada entre los islotes, se dijo que aquel pequeño archipiélago, a pocas millas de la costa griega, tenía algo de maldito.

Posiblemente bajo aquellas aguas, en tiempos remotos, debió de producirse un cataclismo del que emergieron aquellas rocas en forma de peligrosas agujas, muchas de las cuales salían de la superficie con la pretensión de lamer el cielo v convertirse en islas.

Gwendoline se situó cerca de Danny mientras buscaba con la mirada algún posible rastro de su desaparecido jefe.

—¡Diez grados a babor, Danny, diez grados! —gritó René.

Danny colocó el cúter en situación moviendo el timón. Después lo fijó y arrió velas. Bajó hasta el control del motor y lo puso en marcha; de esta forma, el viento no les jugaría malas pasadas, un viento que cada vez se hacía más molesto, pese a que el día era claro, magnífico.

Hacía mucho calor y el sol lucía cegador en un cielo nítidamente azul. Comenzaron a navegar entre rocas. Había que separarse el máximo posible de ellas para que no rajaran las cuadernas de la embarcación de proa a popa con suma facilidad.

René iba a proa, materialmente volcado sobre la misma, atisbando el fondo de aguas limpias para descubrir posibles rocas que no llegaran a verse en la superficie, pero que estuvieran amenazando debajo.

—¡Quince a estribor, Danny, quince! —gritó René, volviéndose.

Danny seguía las indicaciones de René maniobrando con el motor; el Ítaca respondía muy bien.

—¡Hay un bote allí, hay un bote allí! —gritó Gwen.

—¡Danny, Danny, hay un bote! —gritó René casi al mismo tiempo.

—Nos acercaremos, vigila las rocas.

La isla mayor aparecía siniestramente altiva ante ellos, dando la impresión de subir y bajar ante sus ojos cuando eran ellos quienes se mecían al compás de las olas.

—Veamos... —pidió el comandante de policía acercándose a la proa con mucho cuidado, pues corría el riesgo de desaparecer por la borda.

—¡Sujétese, comandante! —le pidió Danny mientras quitaba el motor y dejaba que el velero avanzara algo más por su propio impulso mientras comenzaba a soltar la cadena del ancla.

—¿No nos podemos acercar más? —preguntó el policía.

—No —replicó Danny—. Corremos el riesgo de embarrancar o naufragar, este lugar es muy peligroso.

Ya con el cúter anclado en el único espacio más o menos seguro que quedaba entre los islotes, René trepó por el palo para ver mejor el bote y su contenido.

—¡Danny, Danny, es nuestro chinchorro y Johnny está dentro!

—¿Johnny?

Danny quedó perplejo; aquello era lo último que esperaba que pudiera

ocurrir.

Se lanzó al agua y nadó briosamente hacia el bote ante la mirada expectante de todos.

Llegó hasta el bote, amarrado a la roca que afloraba en la superficie. Se elevó sobre el mismo y descubrió a su amigo con los ojos tremendamente abiertos. Su rostro reflejaba un rictus de terror.

—Johnny, ¿qué te ha pasado? —preguntó quedo, más a sí mismo que a su amigo muerto.

Los ojos estaban vidriosos y de haber aves de rapiña por aquel lugar, ya habrían caído sobre él.

Subió al bote. Apartó un poco las piernas de Johnny y quitó la amarra que lo sujetaba a la roca. Quiso poner el motor en marcha, pero éste no arrancó y optó por emplear el pequeño remo que llevaba. De ésta forma regresó al velero al que colocaron la escalerilla por estribor.

—¿Qué ha pasado, Danny? —inquirió René.

—¿Está muerto? —preguntó el comandante de policía.

—Sí.

—Pues, no lo toque, que baje el doctor a ver lo ocurrido.

—Aguarde, doctor, subiré yo primero, todos no cabemos en un bote tan pequeño.

El viejo Diógenes tuvo que hacer esfuerzos para no caer al agua. Al fin, quedó a solas con el cadáver y desde lo alto, René le lanzó el maletín.

—¿Qué le ha podido pasar? —preguntó Gwendoline.

—No lo sé.

—¿Tiene heridas? —interrogó el policía griego.

—No, no se las he visto, no hay rastros de sangre.

—Qué extraño, habrá que dar parte de esto. Una muerte siempre es algo complicado y más si el finado es un extranjero; luego vendrá el cónsul a hacer preguntas.

—Voy a subir —indicó el médico, cerrando su maletín.

—¡Espere! —Exclamó René, lanzándole una manta—. Cúbralo.

—Sí, será lo mejor —aceptó el médico cubriendo el cadáver con la manta. Después, regresó al velero ayudado por la mano fuerte de Danny V. Noland.

—Doctor Diógenes, ¿cuál es su diagnóstico?

—Verá... —Se secó la frente; el calor era intenso, el sol avanzaba hacia el mediodía—. Tendrá que realizarse la autopsia.

—Eso desde luego, es joven y hay que descartar la muerte natural.

—Podría adelantarle lo que dirá el resultado de la autopsia...

—No se haga el interesante y suéltelo —apremió Danny.

—Paro cardíaco.

—¿Traumático? Ya me entiende, ¿le han golpeado?

—No, no tiene ninguna señal de violencia, un paro cardíaco.

—Si Johnny estaba perfectamente.. —observó René.

El viejo doctor, que posiblemente se habría jubilado ya de no hallarse en

un pueblecito donde habría dificultades para buscarle un sucesor, expuso:

—Sí, paro cardíaco, pero es sólo una opinión, la autopsia tiene siempre la última palabra; sin embargo... —Logró acaparar la atención de todos que esperaban que revelase algo importante—. El chico no ha muerto de una vulgar cardiopatía, el chico ha muerto de miedo.

—¿Miedo? —exclamaron casi al unísono.

—Más bien diría terror. —Diógenes se volvió hacia el islote de aspecto hostil y siniestro, inexpugnable en apariencia—. Por la frialdad del cadáver deduzco que ha muerto a mitad de la noche. Si estaba aquí a media noche y solo, ¿qué es lo que le ha atraído hasta este lugar y luego le ha producido tanto terror como para matarlo?

Nadie supo responder. Miraron hacia la siniestra isla mayor, pero en aquel momento, el ruido del motor de un helicóptero atrajo su atención.

—¡Ya están aquí, ya están aquí! —gritó el comandante de policía. Se encaló con Danny y preguntó—: ¿Podemos utilizar ya la radio?

—Sí, claro.

Descendieron a los camarotes. Danny manipuló en la radio e hizo una señal al comandante que comenzó a hablar en griego hasta ponerse en contacto con los hombres del helicóptero.

El aparato efectuó varias pasadas por encima de todos los islotes, especialmente por la isla mayor.

Rastreó en todas direcciones sin perder la comunicación con el policía que continuaba a bordo del velero. Al fin, se cortó el contacto y el helicóptero comenzó a descender sobre el cúter lanzando un cable.

—¿Qué van a hacer? —preguntó René.

—Les he pedido que se lleven el cadáver del muchacho para que le hagan la autopsia en el hospital aclaró el comandante.

—Bien, pero nosotros hemos de estar en contacto con el hospital; debemos avisar a la familia de Johnny.

—Sí, claro que sí Me dejarán la documentación de ese pobre muchacho, tenemos que cumplimentar las diligencias.

—René, ayuda al helicóptero y que se lleven a Johnny. Yo voy a darle la documentación Al poco, se izaba el cuerpo del joven envuelto en la manta. La gran libélula mecánica se alejó después por los cielos, engullendo el cadáver del muchacho que había muerto de terror.

Repasando el pasaporte, el comandante de policía comentó:

—En el pueblo no hay hospital y como es extranjero, hay que afinar mucho en la autopsia, luego pueden venir responsabilidades. Esto empieza a complicarse demasiado. Buscamos a un desaparecido y nos encontramos con un muerto que no esperábamos.

—La respuesta está ahí, comandante, ahí. —El médico, sin vacilar, señaló la isla.

—No puedo aceptar que la isla tenga la culpa —replico Danny, sombrío.

—¿Qué puede haber ahí que mate de terror? —preguntó Gwen.

—Ellas —dijo lacónico y significativo el viejo Diógenes.
—Bueno, ya que el cúter está bien anclado, voy a ver la isla.
—No es necesario que vaya, ya la han rastreado desde el helicóptero —le objetó el comandante de policía.
Por su parte, el médico observó:
—No tiene playa para desembarcar, es inexpugnable.
—No tanto, creo que se puede llegar nadando.
—¡Es una locura! —casi le gritó Gwen.
—Todo esto es demasiado misterioso; si no hubiera muerto Johnny lo vería de forma distinta, pero... —Fue a buscar sus gafas y el tubo de goma simple con boquilla para nadar sin buscar profundidades.
René se le acercó, entregándole un cuchillo con su funda.
—Llévatelo, por si acaso.
Los dos amigos se miraron a los ojos. Danny V. Noland tomó el cuchillo de submarinista, parecido a los de monte, pero con mucho menos peso, ya que el centro de la hoja estaba vacío.
—Lo llevaré conmigo.
Se lo colocó al cinto v se lanzó al agua. Comenzó a nadar hacia la isla grande, seguido por la mirada de todos, Danny era consciente de que estaba corriendo un gran riesgo.
El viento había arreciado y las olas se iban encrespando, haciéndose más peligrosas. Danny confió en su experiencia de nadador y fue buscando rocas donde el agua rompiera con menos violencia por haber roto ya antes contra otra.
Observó la densa vegetación; allí abundaba la flora y la fauna, nada esquilmada por buceadores veraniegos, ya que al parecer nadie arribaba hasta aquel lugar.
Apareció y desapareció varias veces bajo las aguas. Gwen y los demás sufrían viéndolo a distancia. René le seguía con los prismáticos y Gwen, no pudiendo resistir más, le pidió:
—¿Me los dejas?
—Sí, claro.
La muchacha comenzó a observar con los prismáticos y pudo ver como Danny afianzaba una de sus manos en la roca y luego la otra. Un enorme cangrejo.
En vez de huir, fue hacia su mano, quizá atraído por su blancura.
Gwen sintió que se le secaba la garganta, pero Danny se liberó del crustáceo de un manotazo. Después, salió del mar y comenzó a trepar por la roca chorreando agua.
—¡Lo ha conseguido! —casi gritó Gwen.
—Es un joven muy hábil, pero lo que hace es desafiarlas. No sé de nadie que haya estado ahí arriba y después lo haya contado.
—Pero ¿quiénes son ellas? —preguntó Gwen volviéndose hacia el médico, intrigada.

Danny siguió trepando por las rocas buscando los lugares más accesibles mientras por debajo de él las olas rompían cada vez con mayor violencia.

La mar se alteraba por momentos.

Logro llegar a lo alto del islote y entonces se volvió hacia el cúter. Saludó con la mano dando a entender que todo iba bien y después caminó por el borde del acantilado mirando en todas direcciones.

Allí no había nada, ni un árbol, sólo algunos matojos y no parecían anidar los pájaros.

Quizá sí hubieran insectos, arácnidos.

Todo se veía normal, piedras, rocas, mar en derredor, islotes más pequeños y rocas que sólo se distinguían por el espumear de las aguas que las delataban.

En el fondo, Danny esperaba encontrar algún resto de edificación antigua, quizá un templo o incluso algunas piedras que delataran que allí había existido una construcción, pero, nada. De pronto, se quedó quieto, muy quieto y estupefacto.

Ante él, en el suelo, había calaveras que brillaban al sol como piedras blanqueadas, calaveras en número de varias docenas. Semejaban mirarle, clamando algo que Danny no oía ni entendía. El rumor del mar llegaba claramente hasta sus oídos.

Estuvo observándolas durante varios minutos, sin moverse.

Había algo maligno en las calaveras allí depositadas, todas en la misma posición. No había ninguna de ellas volcada, como si hubiera caído, rodado o simplemente que alguien la hubiese apartado con el pie. No, aquellas calaveras estaban perfectamente a ras de suelo.

Danny tragó saliva y bajo un sol flagelante, avanzó hacia ellas.

Tuvo un deseo instintivo de rodearlas, de no pasar entre ellas con sus pies calzados con suaves zapatillas de goma que le libraban de los cortes de las piedras porque no había utilizado las aletas para nadar hasta el islote.

Anduvo entre las calaveras venciendo su propio recelo. Recordó a Johnny, pero su amigo no parecía haber llegado a lo alto del islote. Llevaba ropa y estaba seca, sólo con algunas salpicaduras de las olas que rompían y también llevaba los zapatos puestos, lo que indicaba que no había nadado.

Johnny no había visto aquellas calaveras, unas calaveras que los hombres del helicóptero, a distancia, debían haber tomado por piedras, ya que no guardaban ningún orden.

Se fijó en una de ellas; estaba totalmente negra, cubierta por un ejército dé hormigas.

Se acercó a ella y se acuclilló. El ejército de hormigas venía desde lejos, de unas rocas donde posiblemente tenían su nidal. Danny les echó tierra para que se marcharan y se produjo una confusión entre los insectos.

Comprendió que aquella calavera debía ser reciente. Tras echarle tierra por encima para librarse de las hormigas, la asió con sus manos para levantarla, pero la cabeza no cedió, estaba bien agarrada.

—Qué raro...

Mientras las hormigas negras y grandes trepaban por sus brazos, se volvió hacia otra de las calaveras y la asió con sus manos, levantándola.

La calavera cedió, pero observó que los huesos de la columna vertebral emergían de la tierra como si el resto del esqueleto estuviera sepultado.

—Parece imposible —musitó, depositando la calavera arrancada en su mismo lugar y posición.

Se volvió hacia la calavera invadida por las hormigas y se sacudió los insectos que pretendían atacarle a él. La columna se rehízo, pero en vez de dirigirse de nuevo a la calavera, fue derecha hacia uno de los pies de Danny que, al principio, no le dio importancia.

Mas, al ver que comenzaban a invadirle y que notaba I el mordisqueo pequeño pero tenaz de las hormigas en su piel, saltó hacia atrás.

Cayó al suelo e hizo rodar otras calaveras en su caída. Pudo ver que también el resto de los esqueletos estaban enterrados.

Se trotó con tierra el pie y el tobillo para librarse de aquellas diminutas y feroces carniceras y comprendió que no podía descuidarse con aquellas hormigas que no pertenecían a un nidal pequeño sino a un nidal gigante.

Apartándose de las calaveras, fue al nacimiento del nidal y comprobó que si no las había a millones, poco les faltaba. Cogió una roca y la dejó caer sobre el centro del nidal, provocando una gran confusión entre las hormigas. Arrojó piedras más pequeñas, pues se daba cuenta de que si les tiraba tierra, la sacarían granito a granito.

Tampoco esperaba conseguir mucho con aquellas piedras, ya que las hormigas abrirían otra salida al exterior, pero se sintió satisfecho de haberlas molestado y se dijo que si volvía allí, lo haría con combustible. Era evidente que en lo pulimentadas que estaban las calaveras tenían mucho que ver las terribles hormigas.

Volvió a intentar sacar la cabeza atacada por las hormigas; le fue imposible y le pareció demasiado brutal tomar su cuchillo y cercenarla del resto del cuerpo que debía estar bajo tierra.

Lo que le desconcertaba es que no había señales de haberse removido la tierra en derredor.

Si querían aquella cabeza, que fuera el comandante de la policía y la sacara.

Danny optó por colocar unas piedras en forma de flecha señalando la calavera para que si él o cualquier otro volvía, pudieran encontrarla con facilidad.

Mientras el ejército de hormigas se empleaba en la lucha por desembarazarse de las piedras que obturaban la entrada a su infierno devorador, Danny regresó al borde del acantilado y saludó con la mano, dándose cuenta de que por haber tardado en reaparecer, estarían inquietos abordo del cúter.

Fue descendiendo por el acantilado. Cuando al mirar al agua creyó que el lugar le era propicio, dio un soberbio salto en el aire y se zambulló,

hundiéndose para reaparecer en seguida, lo que tranquilizó a Gwendoline y a los demás.

Danny nadó con tuerza hacia el cúter. El chinchorro estaba junto a la escalerilla y oscilaba peligrosamente debido a que la mar se encrespaba más y más.

—¡René, iza el chichorro, no se nos vaya a destrozar! Está vacío de gasolina, cárgalo.

—Sí, pero ¿qué has visto arriba?

Todos se lo quedaron mirando ansiosos, a la espera de su respuesta.

—Arriba hay algo que no me ha gustado nada.

—¿Qué es? —inquirió el comandante de policía.

—Calaveras, calaveras que a distancia semejan piedras. Esa debe de ser la razón por la que el helicóptero no las ha visto.

—¿Calaveras, dice? —inquirió el médico griego, interesado.

—Hay muchas calaveras y parece que los esqueletos están enterrados, solo aparecen los cráneos.

—¿Son restos antiguos? —preguntó el policía sin desear darle excesiva importancia a lo descubierto por Danny ya que él, personalmente, no tenía ningún interés en subir al islote.

—La mayoría no lo sé, pero hay una que es muy reciente.

—¿Cómo cuánto de reciente? —preguntó Diógenes,

—No puedo decirlo, no soy técnico, pero estaba cubierta de hormigas que la habían tomado como festín.

—Las hormigas tardan en devorar una cabeza humana —replicó el policía.

—Se trata de un hormiguero gigante.

—¿Hormiguero gigante? —repitió el médico

—Sí, yo mismo he corrido peligro.

—¿No exagera? —inquirió el policía, escéptico.

—No, he tenido que apartarme de ellas. He intentado tapar el agujero con rocas, pero volverán a salir. En mi opinión, esa cabeza debería recuperarse.

—Si lo que insinúa es que puede tratarse del desaparecido monsieur Arnoux, la señorita puede ir hasta la isla y ver si la reconoce.

—No —replicó rápido Danny, antes de que pudiera contestar la propia Gwen.

—¿Por qué no?

—Está irreconocible, sólo conseguiría ¡levarse una horrible impresión. Ese reconocimiento debe efectuarlo algún médico, ya sabe, la dentadura, los huesos del cráneo... Además, el cuerpo está enterrado lo mismo que los esqueletos de las otras calaveras.

—¿Y se ven señales de haber sido removida la tierra recientemente?

—Eso es lo extraño, no se nota nada. Es como si la tierra lo hubiera engullido.

—Creo que intenta exagerar la situación —rezongó el policía—. Como ha conseguido llegar hasta el islote, lo cual es una proeza, lo admito, ahora

quiere dar más importancia a lo que ha encontrado arriba.

—Yo creo lo que ha contado este joven —sentenció el médico—. La verdad, me gustaría poder ir y ver esas calaveras, pero mis años no me permiten realizar esa proeza como usted ha dicho, comandante. No llegaría ni a las rocas y mucho menos podría salir de allí.

—Está bien. Lo que pueden hacer es llevar una pala y desenterrar esos restos humanos recientes. Los llevaremos al hospital para que se les haga la autopsia, de este modo sabremos si se trata de monsieur Arnoux o no y si es él, ya averiguaremos por que ha quedado enterrado hasta el cuello.

—¿Irá usted a desenterrarlo, comandante? —le preguntó René, algo irónico.

—¿Yo? Ustedes son jóvenes y yo les autorizo a hacerlo.

—¿Has oído, Danny? Qué listo es el comandante...

—Tranquilo, René, las cosas no son tan sencillas como el comandante cree, va veremos qué se puede hacer. De momento, el mar se está poniendo leo. Dame el globo.

—¿Puedo hacer algo? —le preguntó Gwen.

—¿Sabes bucear?

—He nadado varias veces bajo el agua, pero no con botellas, si es a lo que te refieres.

—Entonces, mejor que no lo intentes. Para bucear con aire comprimido hay que tener cierta experiencia. Bajaré yo con el globo.

—¿Y qué piensa hacer con ese globo? —preguntó el comandante.

—Rescatar la motora si es posible, porque si la situación empeora, no podremos sacarla hasta que vuelva la calma.

René le entregó un paquete de color calabaza mientras Danny se colocaba las botellas de respiración a la espalda.

—Ten la soga lista.

—Descuida, Danny.

Ante las miradas de todos, Danny volvió a lanzarse al agua, esta vez con botellas y aletas.

Se hundió, escapando a las furiosas olas, y fue en busca de los restos de naufragios. Buceó en dirección a la gran cueva que apenas se veía por encima del agua pero que, por debajo, penetraba en las entrañas del islote.

Tuvo la impresión de que en aquella gran masa oscura que era la cueva había algo, quizá unos ojos, que le estaban observando. Podía ser un pulpo grande aunque no gigante, porque los pulpos gigantes había que buscarlos en los océanos y a la altura de los trópicos.

Comenzó a descender.

Logró localizar la zona de los naufragios y fue descendiendo en busca de la motora roja y azul hasta que la descubrió colgada de la pendiente de aquella aguja rocosa submarina.

Era un riesgo bajar tanto, pero allí estaba la motora. Nada más tocarla, ésta se balanceó peligrosamente. Si se iba más al fondo, ya no podría recuperarla.

Con rapidez, pero sin nerviosismo, Danny comenzó a sujetarle el paquete color naranja.

En uno de los forcejeos, la motora osciló demasiado y comenzó a caer, aquel era el fin.

Danny se agarró a ella precipitándose también al abismo, pero a tiempo de pulsar el disparador de la botella de gas. Se soltó de la motora y el paquete naranja comenzó a inflarse rápidamente mientras la barca seguía a las profundidades oscuras y siniestras que había entre los islotes de aquel archipiélago maldito.

El globo se infló aprisa y la motora dejó de caer. Luego, poco a poco, el globo hinchado automáticamente ganó la batalla y la embarcación fue ganando altura en dirección a la superficie.

Danny nadó en torno a ella hasta que el globo apareció en la superficie, lo que hizo gritar a Gwen:

—¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido!

Danny nado como dos o tres metros por debajo del agua en dirección al velero. Una vez allí, esperó a que le lanzaran una soga y con ella en la mano retornó a la motora sostenida por el globo plástico.

La amarró bien y, al poco, René y el propio comandante de policía comenzaban a tirar de la cuerda acercando la rescatada motora hacia el costado del Ítaca, contra la cual batían las olas cada vez con más fuerza.

CAPITULO V

Al comandante de policía no le gustó la idea de tener que pasar la noche el archipiélago del horror, pero Danny se lo dijo bien claro.

— En las condiciones en que está el mar, es una locura tratar de sacar el velero entre las rocas. Naufragaríamos y no puedo arriesgar las vidas de los que estamos a bordo. Mañana será otro día.

—Es que yo... —trató de protestar el policía.

—Si insiste en regresar al pueblo, coja el bote pequeño y váyase, tiene gasolina y llegará sin problemas.

—¿Yo solo en el bote, pretende que me ahogue?

—Pues yo no moveré el barco de aquí ahora que lo tengo bien anclado. El comandante gruñó, impotente.

Había suficiente comida a bordo y pudieron cenar, lo que hicieron con luz diurna todavía. El mar continuaba encrespado y rugía entre las rocas donde el agua se transformaba en espuma y barría la cubierta del Ítaca.

Trataron de ponerse en contacto con el pueblo por radio y no lo consiguieron.

El comandante propuso comunicarse con la superioridad de la policía y a través de un radioaficionado lo consiguieron. El propio comandante pidió a sus superiores que telefonearan al pueblo marinero advirtiendo que estaban bien, pero que la pequeña tempestad les obligaba a permanecer anclados en lugar más o menos seguro.

—¿Más tranquilo, comandante?

—Sí, aunque no me hace ninguna gracia quedarme aquí. Este lugar es demasiado siniestro.

Cuando llegó la noche, nadie deseaba salir de la sala y camarotes. No sería fácil dormir, el barco se balanceaba mucho; no obstante, el ancla lo mantenía bastante sujeto.

En voz baja, casi en tono de rezo, el médico comentó:

—Quien iba a decirme que pasaría una noche en el archipiélago del horror. Mientras no se hunda el velero...

Danny quiso salir a cubierta para dar un vistazo a la sujeción del velamen, también a las amarras que mantenían a la motora junto al costado del Ítaca. La motora seguía a flote gracias al globo de plástico que era en realidad quien tocaba las cuadernas de madera.

El ruido de las olas al romper se entremezclaba con el ulular del viento que rozaba las rocas, arrancándoles una música siniestra.

De pronto, Danny tuvo la impresión de oír un canto lejano. Intrigado, se volvió hacia el islote. El cielo despejado hacía que los rayos de la luna permitieran ver con bastante claridad lo que había alrededor del velero.

Clavó su mirada en lo alto del islote, en el borde de aquel acantilado por el que había caminado.

Descubrió una figura femenina cubierta por una túnica vaporosa de color blanco amarillento que semejaba fosforescer en la noche. No cabía duda de que aquella mujer era la que cantaba en lo alto del acantilado y cantaba de una forma que atraía, subyugaba, enajenaba,

Despacio, Danny comenzó a avanzar por la proa mientras el agua le salpicaba el rostro con millares de pequeñas gotas.

—¡Danny, Danny!

No era la espectral fémina del acantilado quien le llamaba por su nombre, sino Gwen que acababa de aparecer por la puerta de los camarotes.

—¡Danny!

El hombre siguió avanzando hacia proa, sin oír a Gwen.

Gwen, corriendo el riesgo de caer por la borda, se acercó a Danny v le cogió por la cintura.

—¡Danny, Danny, no sigas!

Como despertando de un sueño, se volvió hacia la muchacha de París.

—Gwen...

Sí, Danny, soy Gwen. No la mires, no la mires, tampoco la escuches.

Azotados ambos por el agua, en medio de aquella oscuridad contra la que luchaba la luna, Danny preguntó:

—Tú la ves arriba sobre esa isla, ¿verdad? La ves también...

—Sí, sí la veo —asintió Gwen—, pero sólo es un ser infernal. Tu mismo has contado lo que había en la isla, calaveras, esqueletos enterrados... Vamos adentro, Danny, vamos.

Danny se resistía a dejarse llevar hacia el interior del barco. La figura espectral le llamaba desde lejos con su poderosa presencia, con sus cánticos que se mezclaban con el fragor de las olas y el ulular del viento.

—Es que ahora podría, podría ver quién es...

—No, Danny, ahora no, mañana, de día. Te lo suplico, mañana...

Lanzó sus labios a los de él y lo besó con fuerza. El agua salada quedó entre las dos bocas. Poco a poco, Danny se entregó a la caricia y se dejó llevar hacia el interior del barco.

Cerraron la puerta mientras mil ruidos distintos se tundían. En sus respectivas literas, nadie decía nada; los había con los ojos abiertos y con los ojos cerrados.

El camarote principal había sido destinado para que descansara Gwen v en él se introdujeron los dos.

—Gwen, Gwen...

—Danny, Danny, tengo miedo —susurró ella.

Danny notó que la joven temblaba bajo sus manos y esta vez fue él quien la besó. A Gwen no pareció molestarle la caricia ni las que siguieron después.

—Danny, por favor, por favor...

Mientras, el comandante de policía se maldecía por haber emprendido aquel viaje.

Se negaba a admitir que tenía miedo cuando electivamente lo tenía. El

también había oído contar mil historias sobre el archipiélago del horror y jamás había querido prestarles crédito, se había reído calificándolas de supersticiones estúpidas y sin fundamento.

Una de las cosas que más le fastidiaban era aquel balanceo constante. De pie lo había soportado bastante bien, pero ahora, en la litera, se sentía mal.

Con los ojos cerrados, tenía la impresión de hallarse suspendido en el cosmos oscilando constantemente. Estaba mareado. Se había puesto muy pálido y comenzaba a invadirle un sudor frío.

Recordó que cuando era muchacho, en una boda familiar, sentado ante una mesa y mientras los adultos reían y cantaban, él había ido bebiendo y fumándose un cigarro. Todo había ido bien hasta que decidiera levantarse de la silla, entonces comenzó lo tortura... Tuvo la impresión de que todo bailaba a su alrededor, de que sus piernas eran de goma y experimentó la urgente necesidad de encontrar un aseo.

Toda su ficticia alegría de poco antes se había esfumado y ahora, en la litera, le ocurría lo mismo, sólo que el movimiento de su entorno no era una ilusión óptica si no una realidad.

Se enfrentó con la escalerilla y se agarró a la manecilla de la puerta justo antes de caer.

Abrió la puerta y se precipitó a cubierta en el momento en que una especie de chubasco súbito que surgía del propio mar le bañaba por completo.

Se acercó a la borda y se agarró a la cuerda que había por baranda. Se percató de que era demasiado movible y vio el mar tan cerca que se asustó. Y tanto fue así que hasta se olvidó de vomitar.

Era como si lo que tenía que expulsar de su cuerpo se lo hubiera tragado tan violentamente que le hubiese llegado hasta el intestino grueso pasando por el esófago, el estómago y el intestino delgado, todo de un tirón, como fruto de una feroz succión.

Si quería liberarse de aquella cena que deseaba no haber tomado, sólo le quedaba el recurso se sentarse en la letrina.

—¡Maldita sea mi suerte!

Se volvió y entonces, la descubrió.

Era una figura femenina vestida con una túnica blanco amarillenta, una mujer joven de cabellos rubios que le miraba fijamente.

—¿Gwen? —preguntó, desconcertado. Ella no respondió.

—¿Quién es usted, de dónde ha venido? No estaba a bordo —dijo avanzando hacia ella cuando la muchacha justo estaba en la proa.

Súbitamente, el rostro de la desconocida comenzó a cambiar. Se fue haciendo más y más viejo, más y más repulsivo.

—Eh, ¿qué es esto?

Aquel ser espectral que fosforescía comenzó a canturrear algo con una voz gruesa y desagradable que no podía ser humana.

El comandante de policía trató de ganar la puerta, pero al volverse vio a otra mujer cortándole el camino.

—¿Quiénes son? —rugió.

Empuñó su pistola de reglamento mientras las salpicaduras de las olas que se estrellaban contra el casco de la nave le empapaban y casi le empujaban con violencia.

Los rostros espectrales se tornaron más y más horribles hasta convertirse en calaveras con colgajos de piel y mechones de cabellos a punto de desprenderse. Ya no eran mujeres hermosas y atrayentes si no repugnantes seres de otro mundo.

Al verlas tan cerca, el policía, en medio del fragor de las olas, comenzó a disparar su arma de reglamento, escupiendo piorno contra los espectros que le acechaban.

Las balas cruzaron sus cuerpos sin hacer mella y el hombre, al retroceder, tocó con sus piernas la cuerda que rodeaba toda la cubierta como exigua protección. Cayó hacia atrás, pues el velero, a causa del oleaje, se inclinó en la misma dirección.

—¡Socorro!

La figura algo gruesa del comandante de policía desapareció bajo las aguas que seguían golpeando el casco, como pretendiendo entrar en la embarcación.

El médico Diógenes sacudió la cabeza como temiendo hallarse inmerso en una pesadilla. Los ruidos se entremezclaban, pero tenía la impresión de que un puño golpeaba las cuadernas por el lado del mar, como pretendiendo que le abrieran un agujero en la madera del casco para poder pasar.

A tientas, se levantó. Subió por la escalera y abrió la puerta mirando hacia el exterior. Tuvo la impresión de que unos cuerpos fosforescentes volaban por encima del islote.

Parpadeó, podía tratarse de una alucinación. Miró la cubierta y no vio absolutamente a nadie.

—Qué raro, creí que alguien pedía socorro, tantos golpes —gruñó. Miró de nuevo hacia el islote y las figuras que antes creyera ver volar, habían desaparecido—. Ya estás muy viejo, Diógenes.

Pasó junto a la litera de René y le vio profundamente dormido. Aquel muchacho debía estar acostumbrado a los balanceos del cúter.

No se dio cuenta de que el comandante de policía no se hallaba en su litera, ni reparó en que la puerta corredera del camarote principal estaba cerrada; al otro lado brotaban unos murmullos que se confundían con los mil ruidos que todo lo invadían.

CAPITULO VI

René fue el primero en salir a cubierta cuando amanecía. Le gustaba ver salir el sol anaranjado por encima del azul intenso del mar.

—¡Comandante! —llamó.

No obtuvo respuesta. El oleaje seguía encrespado, si no tanto como la noche anterior, sí lo suficiente como para darse cuenta de que la situación era peligrosa para cualquier embarcación que tratara de internarse entre las rocas y pequeños islotes que conformaban el archipiélago.'

—¡Comandante!

Rodeó la cubierta y no lo encontró por parte alguna, lo que le hizo fruncir el ceño.

Regresó al interior habitable del velero y vio la litera del comandante vacía, allí sólo estaba el médico. Descubrió a Gwen en la cocina; la chica parecía haberse habituado bien al constante balanceo de la nave. Olía agradablemente a café.

—¿Has visto al comandante? —le preguntó.

—No.

—Pues, no lo entiendo.

—Estará en el lavabo.

René abrió el cuarto de aseo y comprobó que estaba vacío. Luego, encontró a Danny V. Noland sentado en la litera grande del diminuto camarote principal, se estaba desperezando.

—Danny...

—Hola, René. ¿Has dormido bien?

—Danny, ha desaparecido.

—¿Desaparecido, acaso ha reventado el globo?

—No, no me refiero a la motora rescatada sino al comandante de policía.

—No me digas.

—No lo encuentro por ninguna parte.

Danny saltó de la litera y tal como estaba, vestido con los pantalones cortos que acababa de ponerse, salió a cubierta. René le siguió. Danny miró hacia el globo que seguía amarrado al costado del Ítaca y bajo el cual se hallaba la motora suspendida.

—Es verdad, no está y el chinchorro sigue a bordo. No puede haberse marchado.

—¿Crees que pudo caer al agua?

—No tenía aspecto de ser buen nadador —opinó Danny, preocupado, escrutando las aguas oscuras mientras el sol pasaba del naranja al amarillo como una gran pelota forrada de oro que comenzaba a ascender.

—Anoche oí ruidos —dijo la voz del doctor Diógenes tras ellos, apareciendo de súbito, sin hacer ruido.

Danny se lo quedó mirando y preguntó

—¿Qué clase de ruidos?

—Me pareció que alguien pedía auxilio y hasta juraría que oí disparos, pero había tantos y tantos ruidos... Dormir dentro de un barquito como éste, en medio del oleaje y entre las rocas, es algo que no le recomiendo a nadie.

—¿Disparos? —repitió René, y miró a su amigo como buscando la solución a la incógnita.

—Pudo salir afuera sintiéndose mal. Vio algo que le asustó y disparó su arma de reglamento —aventuró Danny.

—Quizá las vio.

—¿A quién? —preguntó René.

—A ellas —respondió el médico.

—Tonterías —farfulló René.

—Yo las vi volar —explicó Diógenes—. Creí que era una alucinación, pero si el comandante ha desaparecido, me temo que no fue una alucinación.

—Doctor, parece que los años le pesan demasiado —rezongó Rene.

—No, René, yo también las vi, o por lo menos a una de ellas.

—No fastidies, Danny. Debiste ver a Gwen.

—No, René, Gwen lúe quien evitó que volviera al islote para atrapar a la figura espectral que veía encima del acantilado.

—¡Vais a volverme loco!

—Gwen también la vio —insistió Danny.

—Muchacho, sólo faltas tú por verlas y mejor será que nos marchemos antes de que seas su próxima víctima.

René se volvió hacia el islote. En voz baja, sin dejar de mirar la peligrosa isla, comentó:

—Si no me lo dijeran los dos a un tiempo, no podría creerlo. Un accidente aquí es fácil, naufragar contra las rocas resulta más lógico con las corrientes que existen, pero...

—Habrá que buscar el cadáver, si es que ha muerto —observó Danny.

—El desayuno está listo —advirtió Gwen. Al ver los rostros de todos tan sombríos, preguntó—: ¿Ha pasado algo?

—No estamos seguros, pero el comandante ha desaparecido y no se ha marchado en bote.

—¿Las sirenas? —preguntó entre dientes.

—La cultura occidental se ha empeñado en cambiar el sentido de ¡as sirenas, mujeres mitad pez mitad persona, cuando no eran así, los griegos lo sabemos mejor que nadie. Las sirenas volaban y no eran amigas del marino, sino sus enemigas más despiadadas. Son seres infernales que sólo buscan la destrucción.

Durante mucho rato buscaron al desaparecido comandante mirando con los prismáticos, sin éxito. Danny se vistió el traje de neopreno para poder resistir el máximo tiempo bajo las aguas. Se ajustó los atalajes de las botellas de aire comprimido y se dispuso a lanzarse al agua, cuando Gwen le cogió por un brazo.

—Danny, Danny, no te expongas. Tú sabes que esas sirenas o lo que sean, existen, las has visto.

—Sí, pero no las he visto debajo del agua. Ellas vuelan, no nadan, lo ha dicho el doctor.

Las dulces sirenitas de los cuentos nada tienen que ver con lo que hay aquí.

Se colocó las gatas y se lanzó al agua. Volvió a salir, limpió el cristal, se ajustó la boquilla y se zambulló.

Bajo el agua, todo adquiría otra dimensión. Ya no notaba el embate de las olas y todo parecía más tranquilo; sin embargo, al sumergirse bajo la quilla del cúter, comprobó como ésta oscilaba y también la motora que colgaba bajo el globo de plástico.

Después de los datos que le había dado Gwen, ya no cabía duda alguna de que aquella era la motora que monsieur Arnoux alquilara, en Atenas.

Había que buscar en todas direcciones y aun así, no estaba seguro de que pudiera encontrarlo, mas tuvo suerte.

Descubrió al comandante de policía no muy lejos del cúter. Se hallaba como a unos cinco o seis metros de profundidad, balanceándose ligeramente y cogido de un pie a una oquedad rocosa.

De la roca emergían unas pinzas de crustáceo como si aquellos seres submarinos se empeñaran en no dejar escapar a su presa.

El policía griego tenía los ojos desmesuradamente abiertos, lo mismo que la boca que semejaba gritar algo que no se oía. Ni una sola burbuja escapaba de su cuerpo mientras los escasos cabellos oscilaban hacia arriba, como formando parte de la flora submarina.

Siempre le habían parecido desagradables los cadáveres recuperados bajo las aguas. Un cadáver visto en tierra no era lo mismo que bajo las aguas. Allí parecían tener vida, se movían, tenían los ojos abiertos como los peces y hasta semejaban respirar.

Daba la impresión de que aquellos brazos que oscilaban querían abrazarle para retenerle bajo las aguas.

Danny descendió hasta el pie encajado en la oquedad de la roca y luchó por liberarlo. Tal como suponía, allí había agazapado un crustáceo que lanzó sus pinzas hacia Danny. Aquel bicho parecía furioso y el pie del policía tenía ya mordeduras.

Danny agarró el cadáver por el cinturón y lo izó hasta la superficie. Pudo ver que todos le aguardaban en cubierta y les hizo una señal con la mano. Luego, nadó hasta la escalerilla.

René le ayudó a subir el cadáver a bordo.

Gwen miró horrorizada aquel cuerpo, sin vida y luego se volvió. Por su parte, Diógenes se inclinó sobre el que había sido su amigo y en voz baja, dolida, dictaminó:

—Muerte por asfixia.

—¡Esto no puede seguir así, no puede seguir, nos vamos! —gritó René.

—Tranquilízate, René —le pidió Danny—. No podemos irnos todavía.

Tratar de salir ahora de esta ratonera sería hundirnos todos.

—Será mejor que lo cubramos con una manta y lo sujetemos para que no caiga al mar.

El comandante de la policía del pueblo marinero no tardó en convertirse en un fardo que escurría agua.

Danny V. Noland miró hacia el siniestro islote cenital con expresión de desafío; no parecía dispuesto a marcharse con la sensación de derrota.

—No podrás vencerlas, muchacho —dijo el médico a su lado, como leyendo su pensamiento—. Durante milenios, nadie lo ha conseguido. Ellas siguen ahí y los que se han acercado por este lugar, que es su reino, han sucumbido, por eso los marinos de todo el litoral no vienen por acá, ni siquiera lo mencionan en sus conversaciones. Prefieren olvidarlo y si alguno ha venido hasta aquí, desafiándolas, no ha vuelto y nadie ha deseado venir a buscarlo. Si el comandante de policía se ha arriesgado en esta ocasión, ha sido porque se trataba de la desaparición de un extranjero.

—Alguien ha de acabar con esta situación.

—Imposible. Tú has estado en la isla y sólo has podido encontrar restos, restos de sus víctimas.

—Sí, calaveras, con los esqueletos enterrados.

—Ellas tienen poderes diabólicos, son más fuertes que nosotros. Han permanecido ahí por milenios y seguirán eternamente. Todos los que se acerquen de noche a este lugar, sucumbirán, nadie podrá impedirlo. Quienes aquí vivimos lo sabemos bien.

Gwen, que había permanecido callada hasta aquel momento, musitó:

—Será mejor que abandonemos este lugar.

—Cuando la mar se calme, saldremos de esta ratonera; mientras, podemos investigar.

—¿Investigar, el qué? —Preguntó René—. Hay que tomar una decisión.

—Ya está tomada. Lo he dicho y vuelvo a repetirlo: cuando la mar se calme saldremos de aquí, ahora sería una temeridad, ni el motor de explosión nos salvaría. ¿Ya no recuerdas que hay que salir de popa y maniobrando? Un bandazo nos enviaría contra las rocas y nos haríamos pedazos. Si hemos pasado un día, podemos estar aquí unas horas más.

—Danny, han muerto ya tres hombres y uno de ellos era Johnny. ¿Es que lo has olvidado?

—No, no me olvido, por eso quiero desentrañar todo este misterio.

—Lo único que conseguirás será la muerte, muchacho —sentenció el médico, pesimista.

—Si muero, René sacará de aquí el velero.

—¿Yo? ; El patrón eres tú, yo no sé patronear un velero como éste!

—Sí sabes, René. De todos modos, no te preocupes, no busco suicidarme, pero tampoco voy a quedarme con los brazos cruzados.

Danny no quiso dejarse vencer por aquel miedo que había invadido al Ítaca y estaba dominándolo todo, pese a que él también había visto a aquellos seres


espectrales que imponían el horror y la muerte.

CAPITULO VII

Danny se había provisto del fusil submarino y de una poderosa linterna. Vestido va con el traje de neopreno, estaba dispuesto para sumergirse bajo las olas encrespadas.

—Danny, no te sumerjas de nuevo; espera aquí arriba hasta que las olas se aplaquen y podamos regresar al pueblo.

—De día no aparecen esas mujeres espectrales, no hay cuidado.

—Bucear solo por lugares peligrosos es una temeridad —advirtió René—. Déjame ir contigo.

—No, porque si a mí me sucediera algo, ella y el doctor no podrían sacar el velero de aquí; tú sí puedes hacerlo con su ayuda. Explícales lo que deseas de ellos y vigilarán las rocas.

—Pues, déjame bucear a mí.

—Yo he estado arriba sobre la isla; ahora quiero registrarla por debajo del mar.

—Muchacho, no insistas en desafiarlas.

—Doctor, quiero enfrentarme a este problema y no me volveré atrás. Espérenme con confianza, regresaré.

Ya en el agua, Danny comenzó a nadar. Ahora no iba a rescatar un cadáver ni a buscar los restos de un naufragio, iba a enfrentarse a lo desconocido y quizá le esperaba la más grande de las decepciones.

Danny tenía la idea fija de que si ellas existían, fueran quienes fuesen, tenían que guarecerse en un lugar determinado.

Sumergido varios metros bajo el agua para escapar al embate de las olas que podían lanzarlo contra las rocas que afloraban en el agua, dejó atrás el lugar donde se hallaban los restos de naufragios y se enfrentó con la gran cueva submarina que no podía verse desde la superficie, ya que toda ella quedaba cubierta por las aguas.

Aquella gran cueva imponía; Danny había sentido desasosiego al pasar cerca de ella en anteriores ocasiones, mas ahora nadaba recto hacia su centro, hacia la completa oscuridad.

Encendió el toco de su linterna submarina. La luz no llegaba lejos, pero bastaba para abrirse camino entre las tinieblas.

Danny era consciente de que lo que estaba haciendo era peligroso. Las grutas resultaban muy traicioneras y dentro de ellas podía sufrir algún percance, un golpe, quedar trabado. Si se le rompía algún tubo o se le atascaba la válvula de respiración, no podría nadar hacia lo alto en busca de aire, puesto que encima tenía el islote. Pese a ser una temeridad, siguió adelante; debía terminar con aquella pesadilla.

El agua llegaba hasta el mismísimo techo y las corrientes del mar desaparecieron.

Danny oía su propia respiración mientras avanzaba por la gruta que, por

otra parte, era suficientemente amplia. De haber tenido aire para respirar, se podía haber avanzado en barca remando.

Descubrió que el fondo tenía un plano inclinado ascendente hacia el interior, por lo que no tardó en comprobar que la profundidad era cada vez menor. Al alzarse notó que podía sacar la cabeza ya fuera del agua y que el techo estaba más alto. Allí había aire.

Siguió avanzando y terminó caminando por ¡a orilla del agua dentro de la cueva que terminaba en una gran sala que podía hallarse situada en el centro del islote.

A aquel lugar sólo podía llegarse nadando por la gruta y con botellas de oxígeno.

Encontrar aquella gruta no era nada fácil, quizá fuera el primer hombre que la pisaba. Mas, se equivocó, no era el primero, porque la potente linterna descubrió unos féretros de bronce perfectamente cerrados.

Había un buen puñado de ellos, casi dos docenas, y transportar hasta aquel lugar tantos ataúdes debía haber sido una tarea complicada.

Danny se acercó despacio, con cautela, a los féretros allí acumulados sin un orden concreto. La gruta había sido convertida en un gran panteón y pudo ver que había luz natural, no mucha pero suficiente, una luz que provenía de la techumbre, de unas grietas que se abrían entre las rocas.

Dirigió el foco de la linterna hacia lo alto y descubrió algo que al principio pudo entender bien, pero luego lo comprendió y le produjo una sensación desagradable.

Del techo colgaban pies esqueléticos, algunos de los cuales ya habían caído al suelo de la gruta.

Recordó las calaveras que había visto sobre la isla, aquellas calaveras devoradas por las hormigas. Allí abajo estaban los pies y los cuerpos debían quedar entre medio.

Las víctimas de los habitantes del archipiélago del horror estaban atrapadas en el techo de la cueva, era como si se hubieran subido a un patíbulo al colocarse sobre ella por su parte exterior, ya que habían comenzado a hundirse.

Dentro de la cueva, el silencio era absoluto. No se oía nada, ni siquiera el rumor del mar embravecido que batía contra las rocas formando cortinas de agua y una vasta extensión de espuma.

Había que tener los nervios muy templados para seguir allí, Danny hubiera preferido zambullirse de nuevo y alejarse de aquella especie de panteón al que sólo se podía acceder nadando o cavando en el techo de la gruta una vez ya descubierta, pues nadie había sabido antes de su existencia o, por lo menos a Danny nadie le había hablado de ella.

Dedujo que cuando desapareciera la luz que penetraba por algunos de los resquicios entre los peñascos, los seres que allí estaban debían de cobrar vida, lo que a Danny le parecía del todo increíble. Jamás había creído en sucesos fantásticos, se había considerado impermeable a todas las historias que

hablaban de desaparecidos, de espectros; sin embargo ahora, dentro de aquella cueva, le parecía lo más normal del mundo, todo se veía de distinta forma.

Caminando sobre las aletas de goma avanzó hacia el primero de los féretros en cuya tapa había inscripciones en griego antiguo que Danny no supo descifrar.

¿Cuántos siglos haría que aquellos ataúdes de bronce estaban allí, quizá milenios?

Danny depositó la linterna en el suelo para tener las manos libres y, despacio, comenzó a levantar la tapa de uno de los féretros. Cuando esperaba hallar resistencia, se encontró con que la tapa cedía incluso con facilidad, teniendo en cuenta su gran peso.

Dejó la tapa abierta e iluminó el interior. No estaba vacío.

Descubrió un esqueleto humano que todavía conservaba encima la túnica blanco amarillenta conque debieran vestirlo en el momento de ser depositado en el féretro hacía ya mucho, demasiado tiempo.

El esqueleto estaba en perfecto estado de conservación. A Danny no le gustaron aquellos restos humanos; eran sólo huesos pero irradiaban algo, era como si la calavera le estuviera mirando desde el fondo de sus cuencas vacías.

Danny se apartó de ella y fue hacia otro de los féretros. Lo abrió y en su interior descubrió otro esqueleto femenino en perfecto estado de conservación, cubierto con la túnica blanco amarillenta, aquella túnica que Danny viera en lo alto del acantilado.

Sin duda alguna, los seres malignos que poblaban el archipiélago del horror eran los mismos que ahora estaban dentro de sus féretros de bronce, protegidos en aquella gruta inaccesible, por lo menos hasta que Danny Noland decidiera entrar profanándola.

No podía ir a la policía para explicarles que allí había unos esqueletos dentro de unos ataúdes de bronce que eran los culpables de las extrañas muertes habidas en el archipiélago.

Nadie le creería, para cada muerte había un motivo aceptable: Ahogamiento, paro cardíaco, desaparición bajo el agua... Quizá lo más difícil fuera explicar el extraño enterramiento sobre el islote.

No, no podía decir nada o quizá sí, lo consultaría con el médico griego, él le aconsejaría. Después de todo, aquellos féretros podían considerarse como tesoro nacional y si eran sacados de aquel lugar (cosa que Danny dudaba por las dificultades que ello implicaba), serían trasladados a algún museo de Atenas.

Tomó una decisión. Se acercó al primero de los féretros, hundió su mano dentro de él e introdujo los dedos por las cuencas vacías de la calavera. La sacó del féretro y tuvo la sensación de que algo invisible ofrecía una fuerza extraña, impalpable, pero una fuerza que existía y hubiera dicho que lejos, muy lejos, algo o alguien aullaba de rabia y de impotencia.

Dejando el esqueleto sin cabeza, retornó al agua. Avanzó por ella hasta que

tuvo la profundidad suficiente para nadar. Se ajustó la boquilla, reguló la salida de aire y se sumergió, llevando la linterna en una mano y la calavera colgada del cinturón.

Conociendo ya el camino, lo recorrió sin dificultades y no tardó en encontrarse de nuevo en las aguas iluminadas por el sol, dejando la gruta atrás. Siempre bajo el agua para evitar las olas, se dirigió al ¡tuca.

Cuando se acercaba, emergió para que le pudieran ver, levantó la mano a modo de saludo y volvió a sumergirse. Las olas continuaban siendo inquietantes.

Siguió nadando hasta llegar junto al cúter y esperó el momento propicio de la retirada de las olas para trepar por la escalerilla. Antes de llegar a bordo, una ola hizo balancear peligrosamente el velero que se movía casi como una boya. De no estar bien anclado, habría sido empujado rápidamente contra las rocas, despedazándose.

Tuvo que agarrarse fuerte para no ser abatido sobre la cubierta. René salió en su ayuda. Danny pasó directamente al interior de la nave mientras René le ayudaba a quitarse el equipo de respiración artificial.

—¿Qué es esa calavera? —preguntó Gwen mirándola con desconfianza.

—¿Es una de las calaveras de que nos hablaste? —preguntó el viejo Diógenes.

—No, ésta es la calavera de una de esas sirenas voladoras de las que usted habla. Gwen no pudo evitar retroceder un paso.

—¿Seguro que es la cabeza de una de ellas?

—Sí, doctor, seguro. Las calaveras que están sobre el islote son distintas, no sé cómo explicarlo.

Le entregó la calavera que el médico sostuvo entre las manos, sino con temor, sí con precaución.

—No soy antropólogo, pero diría que es una cabeza de mujer.

—Puede usted jurarlo, doctor. La he sacado del interior de un féretro de bronce donde estaba el resto del esqueleto y también la túnica de color blanco amarillento que vestía.

—¿Un féretro de bronce? —repitió el médico, vivamente interesado.

—Sí y hay tantos como espíritus malignos de ellas. Están en la gruta a la que se^ accede por debajo del agua. ¿No podría ser posible que este islote estuviera más alto en otros tiempos, por ejemplo, hace milenios?

—¿Quieres decir que pudo hundirse algunos metros bajo el nivel del agua del mar? — preguntó el médico.

—Sí.

—Lo creo posible. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque quizá llevaron esos féretros en barca hacia el interior de la cueva; luego, el islote fue descendiendo y la entrada quedó cegada y oculta bajo el agua, por eso nadie hasta ahora la ha descubierto, hay que bucear.

—¿Y la cueva está en seco? —preguntó René.

—Sí, y tiene aire respirable en su techo. Hay algunas fisuras por las que

entra la luz, así ellas saben cuándo es de noche.

—Danny, no digas eso, me dan miedo, tú las viste.

—No sé si me estaré volviendo loco —suspiró—. ¿Usted me cree, doctor? El médico, mostrando la calavera, sentenció:

—Esta prueba revela que no estás loco, Danny. Ahora, lo mejor sería marcharnos de aquí cuanto antes.

—Imposible. Si tratáramos de sacar el cúter con este oleaje, naufragaríamos.

—¿Tendremos que pasar otra noche aquí? —inquirió Gwen, asustada. Si no amaina, sí; no nos queda otro remedio.

CAPITULO VIII

Comenzaba a anochecer y las olas seguían batiendo furiosas contra las rocas, el islote y contra las cuadernas del mismísimo velero que no cesaba de balancearse pese al perfecto anclaje que había dispuesto Danny.

Guardar el equilibrio dentro de la embarcación resultaba difícil y los cuatro iban de un lado a otro cuando tenían que moverse. Abrían las piernas buscando equilibrio y las manos se aferraban a los muebles atornillados o a las paredes.

El doctor Diógenes, debido a la falta de tuerzas en su cuerpo ya anciano, trataba de evitar tener que levantarse. Por otra parte, se mostraba entre entusiasmado y preocupado con la calavera que le entregara Danny.

—¿Mañana podremos abandonar este lugar ? —preguntó Gwen.

—Espero que sí —respondió Danny—. Este oleaje no va a durar siempre. Sin arrecifes ni islotes rocosos cerca, el velero podría navegar pese al oleaje, pero sacarlo de aquí, es una maniobra muy difícil y peligrosa. Espero que mañana podamos llevarla a cabo.

—¿Y esta noche? —preguntó Gwen. Diógenes propuso:

—Puesto que ya no cabe ninguna duda de que ellas están ahí y son malignas, que desean nuestra muerte por venganza contra los marinos que las llevaron a esa cueva hace milenios, haremos como Homero cuenta en

La Odisea que hizo Ulises; bueno, no él sino los tripulantes de su barco.

—¿Taparse los oídos? —preguntó Gwen.

—Sí, nos taparemos los oídos con bolas de pan. Cerraremos bien la puerta que conduce a cubierta y las ventanas y durante la noche, nadie de nosotros saldrá al exterior, pase lo que pase. Posiblemente será una noche muy dura, quizá sucedan las cosas más extrañas, pero nuestra salvación, para no terminar como el comandante de policía o los otros que han muerto, es resistir. No hay que dejarse vencer por el pánico que es nuestro principal enemigo, el aliado número uno de ellas.

—¿Y la calavera? —gruñó René, señalándola con el índice. Gwen propuso:

—Podemos dejarla en cubierta.

—No, no —se negó el médico —no quiero perderla, es muy importante.

—Si algún buceador va a la cueva puede sacar más calaveras como esa —indicó René—

. Danny las ha visto.

—No creo que nadie quiera arriesgarse a meterse en esa cueva; una temeridad semejante sólo la hace un hombre como Danny —opinó el médico.

—Bueno, la meteremos dentro de una caja, no quisiera tener que verla durante la noche —rezongó René.

Utilizaron una caja de madera que el viejo Diógenes se encargó de cerrar.

Cenaron de forma frugal, ninguno parecía tener apetito. Sus cuerpos, en

constante movimiento a causa del oleaje, habían superado la barrera del mareo, pero estaban como desequilibrados. Si el oleaje hubiera cesado súbitamente, ellos habrían seguido moviéndose.

Se hizo de noche y fueron cerrando ventanas y colocando las cortinillas para no ver el exterior.

Danny se preocupó de cerrar la puerta que daba acceso a cubierta. Después, procedieron a taponarse los oídos, lo que les pareció casi una diversión, pero Gwendoline le dijo a Danny en voz baja, casi susurrante:

—Tengo miedo.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí.

La rodeó con su brazo, atrayéndola hacia sí para darle un poco de su tuerza, de su seguridad.

—Danny estaba seguro de que ni René ni el médico harían la menor alusión a que Gwen durmiera con él.

Tras ponerse de acuerdo, se taponaron los oídos con bolas de pan aceitado. Apagaron las luces dejando tan solo la de señalización en lo alto del palo del velero y se acostaron.

Danny cerró la puerta que aislaba el pequeño camarote principal. El médico y René se distribuyeron en sendas literas individuales.

Afuera, en cubierta, envuelto en una manta y bien amarrado con cuerdas, seguía el cadáver del comandante de policía, un cadáver que no había tenido tiempo desecarse tras ser extraído del agua, ya que el oleaje lo había estado empapando una y otra vez, a intervalos cortísimos.

Nadie se había preocupado de él porque el comandante ya nada necesitaba de nadie, sólo ser trasladado al pueblo y sepultado en el pequeño cementerio donde algunos lo mirarían de reojo después de saber que había sido una víctima de «ellas».

Todos intentaron dormir, lo cual no era fácil.

La sensación de balanceo se notaba más tumbado en las estrechas literas y sumidos en la oscuridad, va que allí dentro, después de cerradas las ventanas, no tenían ni la posibilidad de ver con la luz de la luna.

Danny extendió la litera doble y sobre ella se acostaron ambos. Hacía calor y se liberaron de las ropas.

En la oscuridad, Gwen sonrió a Danny y buscó su tórax para posar la mejilla sobre él.

No podían hablarse ya que les sería difícil entenderse con las orejas taponadas.

Danny acarició la piel suave y perfumada de aquella joven y bella parisiense perdida en los mares de Grecia, entre sus escarpados islotes cargados de historia.

Gwen olvidó el lugar donde estaban, olvidó la posible proximidad de las malignas que habitaban en el archipiélago del horror y olvidó a monsieur Arnoux, su jefe al que había ido a buscar después del desagradable intento de

violación por parte de él.

Lo olvidó todo, incluso que el cúter se mecía escandalosamente y no supo si era el barco el que se movía o eran ellos, abrazados, tundidos en uno solo, besándose apasionadamente, gimiendo sin oírse, besándose casi con desesperación, como si aquellas caricias pudieran ser las últimas antes de que el deportivo velero se hundiera.

Gwen no hubiera sospechado jamás que podía vivir una noche de amor como aquélla. Amaba a Danny, sí, lo amaba intensamente, tanto que sin darse cuenta, contaba que su vida comenzaba en aquellos momentos.

Lo que no sabía es lo que sucedería luego, cuando llegara el momento de la separación.

¿Tendría ella que regresar sola a París donde la aguardaría su padre, donde estaría esperándola con las uñas listas para desollarla la esposa de monsieur Arnoux, quien haría culpable a Gwen de tratar de seducir a su jefe, cuando todo había sido al revés?

No quiso pensar en su porvenir y consiguió su deseo besando y recibiendo más besos por parte del joven amado que demostró ser cuidadoso y nada precipitado, consciente de que el goce del amor debía ser para ambos y no para él solo como muchos hombres pensaban egoístamente.

Los minutos transcurrieron lentamente, luego las horas.

De no tener los oídos taponados, habrían podido oír como un extraño y súbito vendaval, un vendaval rebosante de cólera que semejó brotar de las mismas entrañas del islote principal, del hostil archipiélago del horror al que ningún malino griego deseaba acercarse.

La caja de madera que contenía la calavera entregada por Danny al médico griego comenzó a moverse, a sufrir sacudidas mientras de su interior escapaba una especie de alarido mezcla de rabia e impotencia.

Aquello, que era dudoso calificar como un sonido que escapase por una garganta humana, no podía ser oído por nadie de los que se hallaban a bordo del Ítaca; sin embargo, debió ser captado por «ellas».

Las horripilantes mujeres aparecieron volando en torno al velero. No cantaban como otras veces, rugían ferozmente, bufaban y daban a sus bufidos un ulular quejumbroso. Era como si lamentasen la pérdida de su compañera.

Se acercaron tanto al velero que comenzaron a golpearlo. Era como si pretendieran hundir sus ventanas, sus paredes, su puerta, para entrar en él y vengar a la compañera profanada en la tumba.

Sus alaridos, sus gritos, rivalizaban con el fragor del mar rompiendo contra las hostiles rocas.

El Ítaca se balanceó mucho más mientras la caja se desplazaba unas pulgadas sobre el estante en que se hallaba.

René, que no se había sujetado con el cinturón que tenía en su litera, sufrió una violenta sacudida en uno de los vaivenes de babor a estribo y cavó el suelo.

A oscuras, medio aturdido, trató de reincorporarse. Nadie le había oído.

Por extraño que pareciera, el doctor Diógenes se había dormido. Quizá había utilizado alguno de los productos que llevaba en su maletín; por otra parte, Danny y Gwen, en su camarote, no parecían tener problemas.

Tanteando con las manos, trastabillando por las violentas sacudidas de las que el médico no parecía enterarse, pues él sí había tenido la precaución de asegurarse con los amplios cinturones de seguridad de las literas, René se reincorporó cuando tropezó con algo que estuvo a punto de hacerle caer. A tientas, se inclinó sobre lo que le había hecho tropezar y lo cogió.

Se dio cuenta de que era la caja de madera demasiado tarde, cuando mecánicamente ya había levantado su tapa. Ante él, en medio de la oscuridad, apareció la horripilante calavera que fosforescía, una calavera que, sin duda alguna, poseía vida propia, lo que racionalmente era imposible, pero René no estaba en aquellos momentos en el mundo de la razón, de la lógica, si no sumido en el caos de lo inexplicable, de lo maligno y lo espantoso.

—¡Nooo!

No pudo oír su propia queja. La calavera se alzó en el aire como si fuera un globo mientras desencajaba las mandíbulas amenazadoramente.

—¡Noo!

La calavera osciló, subió y bajó, giró en torno a René aterrándole mientras, afuera, los espectros sacudían el velero como si pretendieran hundirlo.

Si durante milenios habían odiado a lodos los marinos, ahora su odio había aumentado muchos grados tras la osadía de Danny V. Noland de profanar su panteón subacuático y arrancar la cabeza a una de ellas.

René se golpeó a un lado y a otro.

Todo crujía, los muebles, los útiles para hacer vida a burdo, los propios huesos de René que se sentía acosado, hostigado por aquella cabeza que acababa de cobrar vida propia.

Golpeándose contra las paredes, queriendo escapar a las dentelladas que le lanzaba la horripilante calavera, René topó, sin llegar a verla, con un hacha lijada en la pared y que servía en casos de siniestro para abrirse paso a través de puertas o de las propias cuadernas de la embarcación.

No podía decirse que aquel hacha estuviera afilada, René lo sabía, pero la asió con violencia y desesperación y comenzó a propinar golpes en torno suyo para alcanzar la calavera y partirla en dos.

Mas, ella semejaba reírse del joven y esquivaba los ataques.

En tres ocasiones, el hacha quedó clavada en las paredes. René se dio cuenta de que destrozaba cuanto quedaba a su alcance, pero su terror era tal que sólo deseaba alcanzar la calavera y destruirla, hacerla pedazos.

—¡Ahora!

Con una violencia desatada, descargó un nuevo golpe mas, la calavera escapó otra vez, parecía tener una movilidad total en el aire.

René intentó recuperar el hacha, pero ésta no cedía, había quedado incrustada. A ciegas, pues lo único que veía era a la maldita y fosforescente calavera que irradiaba luz propia, forcejeó con sus manos para recuperar el

arma mientras se veía acosado de nuevo por la maligna.

Notó que algo líquido y viscoso empapaba sus manos y tanteó horrorizado, sin querer creer lo que estaba intuyendo.

Buscó el interruptor de la luz, lo abrió y un alarido brotó de lo más hondo de su ser. El horror había hecho presa en él.

El doctor Diógenes, amarrado en su litera, había hallado una muerte desgraciada y terrible. El hacha le había alcanzado en mitad del rostro, abriéndoselo e incrustándose en él.

—¡Noo, noo!

Perseguido por la calavera, René se precipitó contra la puerta que daba acceso a cubierta y la abrió. Casi de inmediato, se precipitaron sobre él los espíritus de las malignas.

Gritando, sin que nadie pudiera oírle, René se sintió como succionado por un remolino que lo elevó en el aire, un remolino provocado por aquellas túnicas blanco amarillentas que giraban en torno suyo como provocando un tornado.

En medio de la noche, ascendió por encima de las olas.

No tenía adonde aferrarse y, sin embargo, no caía. El pánico que sentía René era algo atroz, indescriptible.

Rodeado, envuelto por aquellas mujeres de rostros horripilantes, pues no aparecían bellas ante él si no en la máxima expresión de su repugnante fealdad, fue arrancado del Ítaca y llevado por el aire hasta el islote donde cayó rodando sobre sí mismo. Al ponerse en pie, ellas seguían volando por encima de él.

René había perdido el sentido del equilibrio, se levantaba y volvía a caer, hiriéndose. Así, llegó hasta donde estaban las calaveras, los restos de las víctimas de aquellas malignas.

Notó que la tierra succionaba sus pies como si fueran arenas movedizas. Trató de escapar de aquella trampa a la que había sido llevado en contra de su voluntad, mas no pudo evitar hundirse poco a poco mientras ellas danzaban en torno suyo, satisfechas de su triunfo.

—¡Auxilio! —rugía más que gritaba René mientras se le rompía la voz a causa del pavor.

Nadie podía oírle; sólo Danny y Gwen estaban vivos en el Ítaca y tenían los oídos taponados para no oír nada, absolutamente nada de lo que pudiera suceder fuera de sus propios cerebros.

Trató de mantener las manos arriba, pero no lo consiguió. Era como si la tierra tuviera fuerza, como si fuera terriblemente viscosa.

Al fin, quedó sepultado hasta el cuello mirándolas con pánico infinito mientras ellas ahora cantaban y cantaban.

Abajo, el mar seguía rompiendo sus olas violentamente contra las rocas y el Ítaca no cesaba de balancearse.

CAPITULO IX

Gwendoline se despertó antes que Danny y se incorporó en la litera. Vio luz por debajo de la puerta y buscó la hora en su reloj fosforescente.

—Las seis treinta, ya es de día.

Apartó la cortina y abrió la ventana. Ante ella tenía una bella amanecida, incluso el oleaje había amainado y resultaba menos violento. Se quitó los tapones de los oídos y llamó a Danny al tiempo que sacudía ligeramente el cuerpo del joven.

—¡Danny, Danny!

—¿Si? —runruneó él mientras alargaba su mano y cogía a Gwen por la desnuda cintura.

—Es de día, amor. —Y le besó en la frente, en los ojos, en los labios.

—Qué dulce despertar —musitó él, quitándose también los tapones de las orejas.

—Todo ha pasado, hasta el bateo parece que se mueve menos.

—Es cierto, hoy podremos abandonar este lugar.

—Danny... —Le cogió por el cuello mientras ella, a su vez, permanecía sujeta por la cintura—. Cuando te alejes del pueblo, ¿Qué harás?

—Por mar, el viaje todavía es largo. He de rodear el sur de Italia, subiré luego hasta Mallorca y de allí iré a Montecarlo para entregarle el cúter a mi padre.

—¿Y luego?

—¿Luego? —la besuqueó—. Tú me estás haciendo proposiciones deshonestas, ¿no es verdad, Gwen?

—Tonto.

Sorbió el labio inferior de la chica y lo estiró, juguetón.

—Puesto que estás sola, ¿querrás venirte conmigo?

—Sí, claro que sí.

—Tendré que ir a visitar a los familiares de Johnny y darles la mala noticia; bueno, ya se la habrán notificado las autoridades griegas, pero Johnny venía conmigo y estoy obligado a visitarles.

—Si quieres que te acompañe...

—Sí, ¿por qué no? ¿Vives sola en París?

—Vivía con mi padre, pero ahora ya no viviré con él.

—Sí, hay que romper cadenas. ¿Qué te parece si te vienes a vivir conmigo?

—¿Amancebada?

—Como compañera y si funciona, nos casamos, palabra.

—¿Todavía no estás seguro de si funciona?

—Bueno, a lo que te refieres si y magníficamente por cierto, pero la vida tiene mil cosas. Espero que todo irá bien, ya hablaremos de ello, ¿te parece?

—Lo que tú digas, Danny, pero si no quieres llevarme contigo, me lanzo

por la borda y me quedo aquí para siempre.

—No digas tonterías o te voy a dar una azotaina en el trasero que por otra parte es estupendo.

—¡No...! —protestó ella al ver que Danny estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

—¿Sabes? Darte una paliza en ese lugar tan rubicundo de tu cuerpo es un placer de sádicos.

—Pero, resulta que yo no soy masoquista.

Gwen se zafo de él. Se puso la blusa y la parte baja del bikini y abrió la puerta, saliendo del pequeño camarote.

En el dormitorio general había luz. Todo aparecía roto, era como si en aquel lugar se hubiera librado una violentísima batalla.

Bruscamente, descubrió al doctor en su litera, con el hacha clavada en mitad de la cara.

El suelo estaba lleno de sangre y tras uno o dos segundos en que todo dentro de ella semejó paralizarse, Gwen chilló con toda la fuerza de sus pulmones y de sus, cuerdas vocales.

Ante el desesperado chillido, Danny V. Noland saltó de la litera abandonando el camarote. No tardó en descubrir lo que ya había visto Gwen y que señalaba con su mano.

—¡Dios, mío, qué brutalidad!

Danny cogió una manta y cubrió el cadáver. Rápidamente, con la mirada buscó a René.

Gwen miró hacia la puerta abierta que daba acceso al exterior y que batía impulsada por el viento y los vaivenes propios de la embarcación.

—¡René, René!

Danny se precipitó hacia el exterior. Buscó por cubierta y no halló ni rastro del desaparecido; allí sólo estaba el cadáver del comandante de policía, empapado por el agua del mar.

Escrutó las aguas y las rocas en torno al Ítaca y miró hacia el globo que mantenía bajo él la motora rescatada. René no aparecía por parte alguna y con la sensación de la derrota pintada en su rostro, regreso al interior del cúter.

—¿No está? —inquirió ella, dándose cuenta de que su pregunta resultaba innecesaria a juzgar por la expresión del rostro de Danny.

—No, no está. —Descubrió la caja abierta y gruñó—: Tampoco está la calavera que traje.

—Es cierto. ¿Crees que' ha tenido que ver algo en todo lo que ha ocurrido esta noche?

—No lo sé, Gwen.

—Dios mío, Dios mío, cuánto horror.

—Cuando hablaban de que esto era el archipiélago del horror no queríamos creerlo parecía cosa de superstición marinera y, ya ves.

—Pero ¿cómo es posible que esto suceda en nuestros tiempos?

—¿Nuestros tiempos, acaso son distintos a los tiempos pasados?

—No sé, pero la vida moderna...

—La vida moderna nos da cacharros y más cacharros, pero en sentimientos e inteligencia seguimos siendo iguales o hace milenios. Egoísmo, terror, vanidad, deseo, todo idéntico... Nos creemos superiores porque tenemos más ciencia, pero la ciencia se estrella contra los sucesos inexplicables que son más de los que creemos. Entonces, la ciencia, para no admitir su pequeñez, levanta la cabeza arrogante y prefiere ignorar todo aquello que no es capaz de explicar.

—No puede ser que unos espíritus vivan milenios.

—Bastaría que fueran unos minutos para que pudieran ser también milenios. Cuando ya se está muerto, el tiempo pierde su significado. ¿Qué sabemos de la muerte, qué sabemos del odio y la venganza de unos espíritus perversos? Hemos sido educados en la escuela racional y por ello nos cuesta admitir lo que la ciencia dice que es imposible; sin embargo, todos tenemos miedo a lo desconocido. ¿Por qué tenemos miedo? Porque en el fondo sabemos que hay algo de realidad en todo eso.

—Danny, Danny, vámonos de aquí, marchémonos cuanto antes, ahora que las olas no son tan violentas.

—No, Gwen.

—¿Cómo?

—No nos podemos marchar ahora amedrentados, derrotados, dejando a los que han muerto sin una justicia.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Tú mismo has visto que trajiste una calavera y ha desaparecido. Creíamos que tapándonos los oídos’ y aislándonos del exterior nada nos ocurriría y ya has visto, ha sido una auténtica tragedia.

—Creo que ahora sé por qué lo ha sido.

—¿Por qué?

—Metimos al enemigo dentro, la calavera ha debido tener la culpa. ¿Cómo ha sucedido? Creo que no lo sabremos nunca y cuando regresemos a tierra firme, por más que nos expliquemos, nadie nos va a creer. La policía nos hará montones de preguntas y si les contamos la verdad, tratarán de llevarnos a un manicomio.

—¿Qué haremos, entonces?

—No lo sé aún. Aquí las cosas se ven distintas a como podamos verlas en el pueblo.

—Llama a la policía para que venga con el helicóptero a comprobar lo ocurrido.

—No, antes tengo que regresar a la cueva.

—¿A la cueva de esos seres infernales? —repitió la joven con voz ahogada.

—Sí.

—No, Danny, no cometas esa locura, no la cometas.

—No insistas, Gwen, iré allá. Tú puedes esperarme a bordo.

—¿Quedarme sola aquí?
—Sí, el Iraca está bien anclado. Ya ves que pese a la violencia de las olas no le ha sucedido nada.
—No, Danny, yo no me quedo sola aquí. Están los cadáveres del policía y del médico y luego, René... Estaría temiendo que surgiera por cualquier parte y no estaría ya segura de si es un ser vivo o muerto. No, Danny, no me dejes, estoy horrorizada.
—Es que tú no sabes bucear.
—Pero sé nadar, sé nadar bien bajo el agua. Puedes enseñarme a utilizar las botellas de aire, Danny, aprenderé, te lo juro, pero no me dejes aquí sola. Al regresar ya no me encontrarías.
Danny hizo oscilar su amplio tórax, vacilante. Al fin, aceptó:
—Está bien, pero habrás de seguir estrictamente mis instrucciones. Si te ocurriera algún percance dentro de la gruta, sería la muerte y ahora que te he encontrado, no podría soportarlo.
—Haré lo que tú digas, Danny, lo que tú digas, pero ¿no sería mejor que olvidases tus intenciones?
—No.
Viéndolo tan resuelto, ella asintió casi con un gemido.
—Lo que tú digas.
Danny, olvidándose del desayuno, pasó una hora larga explicándole todos los detalles sobre la respiración bajo el agua. Más tarde, los dos se vistieron con trajes de neopreno. Se colocaron las botellas a la espalda y Danny, tras coger un saco de lona grande con asas, se encaró con Gwen.
—Si a mí me ocurriera algo, tú regresa aquí. El chinchorro tiene gasolina suficiente para que puedas llegar al pueblo.
—Creo que jamás llegaría al pueblo, yo no sé navegar. Sé nadar como cualquier persona normal, pero verme sola en medio del mar, rodeada de agua por todas partes, sin ver tierra y sin saber hacia dónde dirigirme, creo que es una situación que me enloquecería.
—Te queda la radio, con ella podrás llamar a la policía. Si conectas con algún radioaficionado, él te prestará ayuda si se lo pides.
—Danny, no quiero ni pensar que a ti te suceda algo.
—Pequeña, pequeña mía.
Le dio un beso y la ayudó a caer al mar. Se sumergieron y volvieron a emerger.
Entonces, el propio Danny le colocó la boquilla y le reguló el aire.
Convenientemente lastrados y llevando consigo la potente linterna, se hundieron en las aguas y nadaron en dirección a la gruta subacuática.
Gwen se mantenía lo más cerca posible de Danny; sólo junto a él se sentía segura bajo aquellas aguas que podían hablar de tantas y tantas muertes.
Danny la guió hacia la entrada de la gran gruta submarina y se introdujo en ella. Gwen se puso a su altura. La gruta era suficientemente amplia como para que pudieran nadar el uno junto al otro y aún habrían cabido más buceadores

a su lado.

La luz de la linterna taladraba las tinieblas expandiéndose en gran parte debido a la reflexión del agua que todo lo distorsionaba.

Cuando a Gwen ya le parecía que llevaban una eternidad nadando en tinieblas, la profundidad se hizo tan escasa que pudieron ponerse en pie y se quitaron las boquillas de respiración.

—Este es el panteón de las malignas.

—Danny, tengo miedo —musitó.

—Lo comprendo, pero hay que ser fuertes.

Danny avanzó hacia los féretros de bronce, todos estaban cerrados. Recordaba bien a cuál de ellos le había arrebatado la calavera y lo abrió. La tapa gruñó, pero no se resistió.

—Maldita, maldita, estás ahí...

Con un nudo en la garganta, Gwen se acercó y miró el esqueleto que yacía en el féretro.

—¿Seguro que es la cabeza que cogiste?

—Seguro. Fíjate que parece que nos sonríe sarcástica.

Gwen tuvo la impresión de que lo que decía Danny era cierto; aquella calavera semejaba tener vida.

—Es como si se jactara de haber regresado aquí.

—Su jactancia durará muy poco.

Danny cogió la calavera y la sacó del ataúd. La sostuvo entre sus dedos y después la arrojó dentro del saco de lona.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

—Tú sostén el saco, luego te lo diré.

Uno por uno, Danny fue abriendo los féretros. A cada esqueleto le arrancó la calavera y fue arrojándola al interior del saco que Gwen mantenía abierto.

Danny se aseguró de no dejar ni uno solo de los féretros sin abrir y sin arrancarle la calavera. Al fin, dijo:

—Ya está.

—¿Qué harás con ellas?

—Mira hacia arriba, Gwen.

—Sí, ya he visto que hay grietas.

—Ellas tienen el don de volar como espíritus malignos que son, pero, que yo sepa, no nadan. Salen por ahí arriba, no por el agua. Quizá quienes las encerraron en esos féretros y las trajeron hasta aquí contaban con que no podrían salir, pero el techo de la gruta debió resquebrajarse.

—¡Danny! —gritó Gwen de pronto—. ¡Unos pies!

—Sí, es cierto unos pies, debe ser René.

—¿René?

—Sí, se habrá hundido como tu jefe, nada podemos hacer ya por él. No sé cómo ha podido llegar hasta arriba, pero aquí, cualquier cosa es posible.

Danny arrastró la pesada bolsa hacia el agua. Gwen le siguió, temiendo quedarse atrás con todos aquellos féretros de bronce abiertos, ahora

conteniendo esqueletos descabezados.

Danny se tendió en el agua. Se ajustó la boquilla y miró a Gwen para que hiciera lo mismo. Después, nadó sólo con las aletas.

Resultaba engorroso arrastrar el saco lleno de calaveras, mas Danny siguió adelante y Gwen a su lado. De esta forma abandonaron la gruta, saliendo de las entrañas del islote.

Danny nadó hasta encontrar un lugar que le pareció idóneo. El fondo del mar resultaba inaccesible por lo profundo, sólo se podía ver oscuridad. Quizá fuera una sima subacuática abierta al producirse los cataclismos telúricos que conformaran el pequeño archipiélago de islotes rocosos.

Danny soltó el saco y éste comenzó a hundirse con su macabro contenido. Gwen tenía la impresión que algo rugía dentro del saco que se hundió hasta desaparecer de su vista.

El hombre alargó su mano y tomó la de Gwen como indicándole que todo había terminado.

Juntos regresaron al Ítaca. Subieron a bordo y se despojaron de los equipos de buceo.

—¿Crees que del fondo del mar no saldrán jamás?

—Sí, lo creo, aunque ya nadie dejará de llamar a este lugar el archipiélago del horror.

—Y ahora, ¿qué haremos?

—No le contaremos a nadie lo que hemos hecho con las calaveras ni hablaremos de esa gruta con los féretros. Será un secreto entre los dos.

—Y las muertes, ¿cómo explicarlas?

—Habrá que darles una explicación lógica. El comandante se ha caído al agua v se ha ahogado. En cuanto al doctor Diógenes, debió ser una locura de René que después de cometer esa atrocidad desapareció por la borda en una noche tempestuosa. Este lugar es muy peligroso y perecer aquí no tiene nada de extraño.

—¿Se lo tragarán?

—Mucho mejor que si les contáramos la verdad. De todos modos, sufriremos el atosigamiento de muchas preguntas, de muchos interrogatorios. Pero, no temas, precisamente mi padre es un abogado importante y nos sacará del atolladero.

—¿A él sí le contaremos la verdad?

—No, porque tampoco él la creería. Tú y yo hemos de darle forma y situación a esta historia para que no nos podamos contradecir en ningún momento, lo que sería funesto.

—De acuerdo, Danny, creo que tienes razón.

—Ahora hay que salir de aquí. Pondré el motor en marcha, izaremos el ancla y comenzaremos a retroceder, saldremos de popa. Tú te colocarás en ella para decirme dónde ves rocas, si a babor o a estribor.

—Me voy a confundir.

—Pues dime simplemente a derecha e izquierda.

El ancla fue izada y el Ítaca comenzó a runrunear. Danny hizo girar la hélice con cuidado y el cúter avanzó de popa, buscando una salida entre las rocas, un camino hacia alta mar, la liberación.

—¡A la derecha hay una roca grande sumergida! —gritaba Gwen.

—¿Muy a la derecha? —preguntaba Danny a gritos, manejando el timón.

Gracias a las indicaciones de Gwen, Danny pudo sacar el Ítaca de entre las rocas. Poco a poco, fue quedando atrás el gran y siniestro islote y cuando se hallaban a prudente distancia, Danny hizo virar el velero ciento ochenta grados.

Cambió el sentido de la hélice del motor mientras avanzaba ahora de proa, surcando las aguas con alegría. Danny lúe soltando el velamen y cuando ya el viento empujaba con fuerza, paró el motor y con las velas infladas, regresaron al continente.

—Ya ves, Gwen, hemos salido.

—Pero, cuánto hemos dejado atrás —se lamentó la muchacha.

—Sí y llevamos dos cadáveres a bordo que no hemos tocado. La policía se encargará de hacerlo y, mientras, enviaré un mensaje a mi padre para que se presente aquí en Grecia. Nos hará falta ayuda, pero saldremos de este lío lo mismo que hemos salido de entre las rocas, puedes estar segura.

Ella se le abrazó al cuello.

—Danny, cuánto miedo he pasado. Han sido los días más terroríficos de mi vida.

—Esperemos que todo lo ocurrido sirva por lo menos para que esas malignas no reaparezcan jamás.

—En realidad, ¿quiénes eran, Danny?

—¿No te lo contó el doctor Diógenes?

—No, estuvo varias veces a punto da hacerlo, pero se cambió la conversación y me quedé sin saberlo.

—Ahora ya, ¿qué más da?

Se abrazaron mientras el Ítaca, airoso y marinero, surcaba la mar.

FIN